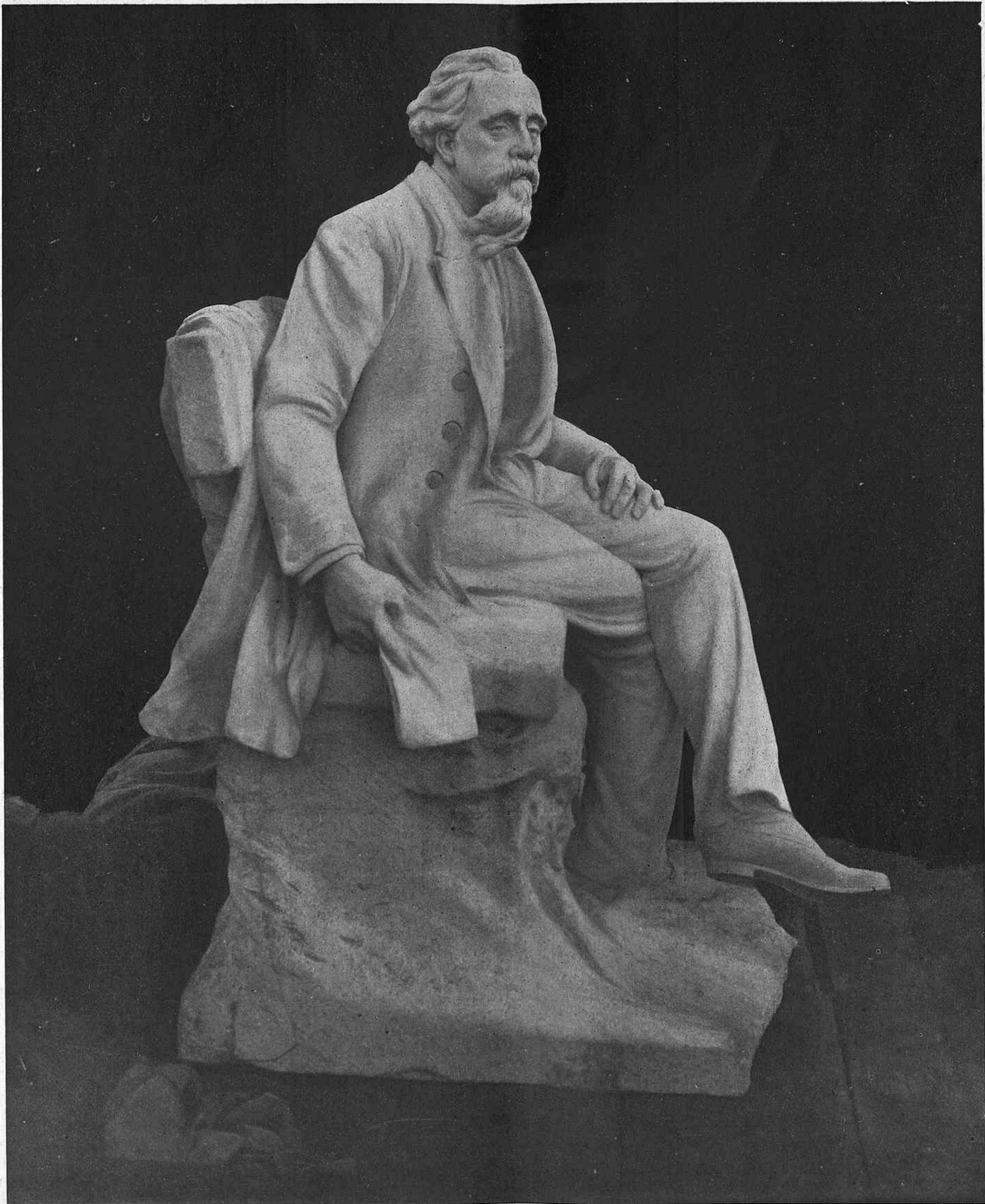


La Ilustración Artística

AÑO XXV

BARCELONA 24 DE SEPTIEMBRE DE 1906

NÚM. 1.291



ESTATUA DE FEDERICO SOLER (SERAFÍ PITARRA) para el monumento que en breve se inaugurará en Barcelona, obra de Agustín Querol. (De fotografía de A. Merletti.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos.* — *Idilio costeno*, por Sebastián Gomila. — *Barcelona. Concurso de edificios de 1905.* — *De sport. La copa de Auvernia. Campeonato de la carrera a pie «La vuelta alrededor de París.» Carrera velocipédica «Bol d'Or.»* — *Mi política*, por Noguera Oller. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII en el fuerte de Guadalupe.* — *El aeroplano Santos-Dumont.* — *La familia imperial rusa.* — *El aplastado viviente.* — *Bellas Artes.* — *Problema de ajedrez.* — *La fuerza del pasado*, novela ilustrada (continuación). — *Sistema de proveerse de agua los trenes en marcha*, por G. H. Jones. — *Barcelona. Instalación sísmica del Observatorio Fabra.*

Grabados.— *Estadua de Federico Soler (Serapi Pitarra)*, obra de Agustín Querol. — Dibujo de José M.^a Marqués que ilustra el artículo *Idilio costeno*. — *Barcelona. Casa propiedad de Alberto Lleó é interior del restaurant Pince, premiados por el Ayuntamiento.* — *Clermont-Ferrand. Rigoly, vencedor en la carrera automovilista «La copa de Auvernia.»* — *París. Siret, vencedor del campeonato «La vuelta alrededor de París.»* — *Pottier, vencedor de la carrera velocipédica «Bol d'Or.»* — *Visita de S. M. Alfonso XIII al fuerte de Guadalupe.* — *Almuerzo de los jefes y oficiales del fuerte de Guadalupe.* — *París. Ensayo del aeroplano de M. Santos-Dumont.* — *La familia imperial rusa.* — *Jóvenes patriotas*, cuadro de A. J. Elsley. — *Retrato de niña*, pintado por F. A. de Kaulbach. — *París. El aplastado viviente.* — *El general ruso Trepoff.* — *Trenes tomando agua en marcha.* — *Aparatos sísmicos del Observatorio Fabra (Barcelona).* — *Caballos sorprendidos por la tormenta*, cuadro de Teutwart Schmitson.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Extraordinario me parece que, dada la escasez de asuntos sensoriales de crónica que sufren los periódicos diarios, en este fin de veraneo, no haya vuelto a levantar cabeza la tan acreditada como temerosa *serpiente de mar*. No sería mucho que hubiésemos tenido noticia de su aparición en las playas de nuestras rías ó en las abras de nuestras costas. Este viejo fantasma de horror, saurio-ofidio gigantesco, recuerdo de los organismos monstruosos del período en que acaso el hombre no habitaba aún la superficie del globo, á falta de colear en las borrascosas extensiones del Océano, colear en la fantasía de los periodistas, obscuro recuerdo de relatos ancestrales, ó percepción confusa de lo que fué y ya no es, pero actúa aún sobre nuestra imaginación. Al cruzar el Atlántico para trasladarse del antiguo al nuevo mundo, más de un viajero creará divisar, entre la bruma, el colosal cuerpo retorcido, la espantable cabeza de la serpiente marina: tantos y tan serios son los testimonios que de su existencia se han recogido, desde la Edad media acá.

* *

¿No os ha sucedido á veces titubear, sufrir un instante de penosa incertidumbre, cuando gentes que os merecen fe aseguran una cosa que tenéis por absurda é increíble? Yo he sacado en limpio que nunca debemos comunicar á nadie, lo que se dice á nadie, lo que, siendo cierto para nosotros, pone á dura prueba la ajena credulidad. Quizás la especie humana se ahorre contrariedades y decepciones, si llega á persuadirse de la verdad que encierran las santas palabras: «Mi secreto para mí.» Si alguna cosa extraña nos acaeciese, si un hecho que no explican las leyes naturales actualmente conocidas nos pareciese sin embargo evidente é innegable, procederíamos como filósofos al callárnoslo. Lo que ese hecho nos sugiriese ó enseñase, la cantidad de sentimiento ó de poesía que gracias á él se desarrollase en nuestra alma, se convertiría en paja picada, sería como las serpentinillas y las flores pisoteadas por inmundos pies, al pasar á otros oídos y ser acogido por la risa burda de los escépticos de pan llevar... Además, las impresiones algo singulares ganan, como las esencias, con guardarse cerradas, bien ajustado el tapón, y que sea de cristal esmerilado, porque el corcho es poroso en demasía...

* *

Y nadie saque en consecuencia que yo creo en la serpiente. En primer lugar, soy muy poco marinera. Mi viaje más largo por mar ha durado ocho días, que pasé mareada como un cesto, sin asomarme al puente. Aunque la consabida bicha marítima rondase por allí, yo no la hubiese visto. Y á no verla, lo que se dice verla por mis ojos, juro á Dios que no creeré en ella jamás. Eso sí que no. Por lo cual, mi incredulidad lleva trazas de ser eterna.

* *

Tal es la inopia de nuevas que interesen (porque el perpetuo degüello de Rusia ya casi no importa, es un resorte que se ha gastado), que hasta se quiso echar mano de una efeméride literaria, el centenario de Hartzzenbusch, para sacarle jugo. ¡Y cuidado que le importan poco al público esta clase de efemérides!

Entre los literatos más olvidados—relativamente á sus méritos—tenemos que contar al ilustre ebanista y poeta, autor de *Los amantes de Teruel*. Fué Hartzzenbusch una nueva demostración de que en el teatro son pocos los que entran desde luego con pie seguro. Sus primeras tentativas dramáticas obtuvieron muy mala acogida. El aura del romanticismo sopló favorable para él cuando, en 1837, se halló cubierto de aplausos y de gloria por *Los amantes*. El argumento no sólo pertenecía á la tradición, como el de *El trovador*, de su émulo García Gutiérrez, sino que tenía completos precedentes en nuestra antigua dramaturgia, cosa que no le sucedía al *Trovador*, concebido sobre la base de una vaga leyenda del castillo de la Aljafería, en Zaragoza. Y la suerte de Hartzzenbusch fué la de otros muchos autores españoles: que escriben una obra teatral encomiada hasta las nubes y no tienen teatro; que publican una novela ensalzada hiperbólicamente y no son novelistas... Hartzzenbusch intentó en vano, no sobrepujarse, igualarse á sí mismo; producir algo que se pareciese, en belleza ó en fortuna, á *Los amantes de Teruel*. Ni aun lisonjeando las pasiones políticas del momento en que escribió, supo conseguirlo. ¿Quién se acuerda hoy de *Doña Mencía*, *Alfonso el Casto*, *Primero yo*, *Honorio*, *El bachiller Mendarias*, *La jura en Santa Gadea*, *La muerte de Pelayo*, *La ley de raza*, *Vida por honra*, serie de lienzos que entonces se llamaban *históricos*, y donde lo que menos encontramos es historia, según ahora entendemos el concepto de esta palabra? Hartzzenbusch sigue siendo el autor de *Los amantes* y no más. A lo sumo, nos interesan todavía, entre los recuerdos de la niñez, sus comedias de magia, muy divertidas y populares: *La redoma encantada*, *Los polvos de la madre Celestina*. Si hubiese que hacer una selección en lo producido por Hartzzenbusch, después de *Los amantes* creo que debemos conservar las magias; el abuso que se ha hecho después del género, las inepcias que se han llevado á las tablas, defendidas por el derroche de bengalas, percalina, rasete y piernas, deben probarnos que no es tan fácil componer una comedia de magia decente, bonita, con algún asunto y mucha sal é imaginación, sin más rivales en la escena española (dentro de esta especialidad) que la grimaldesca *Pata de cabra*.

He aquí las ironías del destino literario: de la labor honrada, seria, llena sin duda de intención artística, de su autor á quien nadie discute y á quien se considera como á una de las columnas del teatro castellano en la época romántica, sólo quedan en pie unos gritos de pasión y unos gracejos para chiquillos... Hartzzenbusch no es el único ejemplar (en el romanticismo abundan) de escritores que entran en escena con ardiente impulso de juventud, con lirismo y sentimiento, y á quienes poco á poco el clasicismo académico va enfriando y petrificando, hasta dejarles convertidos en estatuas. ¿Quién sabe si tal hubiese sido el destino de Espronceda, á no morir relativamente muy joven?

* *

Las tormentas hacen de las suyas. Este año no sé qué resorte se habrá roto en la altura

(por donde los astros van)

que no se leen sino catástrofes, incendios, erupciones, terremotos, inundaciones, granizadas, calamidades fruto de convulsiones de la naturaleza. La en este particular afortunada región donde veraneo, Galicia, desconoce estos desastres. Aquí no hay temblores de tierra; apenas si por milagro se desborda un río; las lluvias no encharcan los campos; nunca nieva, y son fenómenos inusitados el pedrisco, la manga de agua y la nube de langosta. Alguna compensación habíamos de recibir del cielo, quien nos ha negado la cosecha de aceite y la de vino (al menos en la mayor parte de las cuatro provincias) la naranja y la bellota, la algarroba y la almendra, la granada y el dátil, la pasa y el garbanzo. Sí, la humilde, útil, castiza leguminosa, chuleta de huerta, carne vegetal, *cicer arstinum*, de Linneo, en la cual ha llegado á simbolizarse el sustento de la vida hispánica, no se cría en esta tierra (generalmente, por lo menos). No sufre la humedad el garbanzo: es seco de suyo, y quiere terreno donde no le empape la lluvia. Su carátula (el garbanzo tiene una especie de fisonomía, una «carita de vieja, costilla de ganapán y pico de papagayo» según el popular dichete) no la vemos en esta región sino dentro de los sacos en que los despacha el ultramarino. No conocen los chiquillos gallegos la sencilla y arcaica golosina de los *tostones*, preparados remojando primero el garbanzo en salmuera, tostándolo después en caldera, y dándole un baño de yeso mate y sal..., que el de azúcar ya es regalo de poderosos, refinamiento para delicados. Aquí se con-

forman y chupan los dedos asando una espiga lechal de maíz, y sobre todo juntando palitroques de ramillas rotas por el aire, y formando con hojas muertas una hoguera en que salten las castañas, apenas el primer abrego de otoño, nuncio ya del invierno, haga caer al suelo, con ruido mate, el fruto envuelto en su abrigado capote impermeable de cuero *mordoré*...

* *

Volviendo á las tormentas trágicas, las hay en Madrid, en Bilbao, en Sagunto, en Zamora, en Alcalá de Henares, en Guadalajara. Ya una chispa hace que suenen solos los timbres eléctricos del ministerio de Fomento, y una señora cae desmayada en la antecámara, y la asiste su Excelencia el señor ministro; ya descarga un granizo con piedras como huevos de paloma, y tres hombres, refugiados bajo un árbol, son heridos por el rayo; dos de muerte. Las cosechas son arrasadas; las casas, demolidas; los ganados se dispersan y caen en los precipicios, sin atender á las llamadas del pastor; en las torres de las iglesias, la centella hace estragos; en Bilbao, calles, barrios enteros son navegables, y el agua entra en las habitaciones urbanas con ese sordo, fúnebre chapoteo, que eriza el cabello al más valeroso. ¿De qué sirven el denuedo, la resolución, contra la acometida del agua? Con las inundaciones no se lucha: casi no se puede ni huir. Es la renovación de los terrores del Diluvio, la retirada del hombre ante el elemento desencadenado, subiendo y subiendo hasta situarse en lo más alto, por si no alcanza allí el nivel de las ondas. Bilbao no ha llegado á este caso tristísimo, pero no faltaron mujeres sorprendidas y arrastradas por la corriente, niños arrollados, envueltos en fango que asfixia... El Henares, hinchadas las narices, desbordado, llevaba flotando en su sábana amarillenta animales domésticos, cadáveres de labradores, muebles, tablas, árboles arrancados de cuajo. Sobre los campos, una capa líquida, cenagosa, de tres metros de altura, se extiende uniforme y siniestra. La aridez celtibérica, la escasez de agua, tiene este cruel contrapeso: sed todo el año, y un día del año, la crecida del río...

* *

¿Existe alguien nacido en España que no se alegre de todo corazón de otra calamidad, de otro desbordamiento: la insurrección de Cuba?

Aun cuando ya ni nos viene ni nos va nada en el asunto; aun cuando el mal de muchos no sea consuelo de discretos; aun cuando el sentimiento patriótico (que si es un sentimiento, se parecerá á los demás en tener violencias y locuras) ande muy disminuido, habría que ser de corcho para no reirse gozosamente al leer noticias como esta: «Un fuerte destacamento de rebeldes alimenta el propósito de atacar á la capital...» «Ayer atacaron los insurrectos á un tren blindado...»

Donde hubo fuego queda ceniza, y esto de las insurrecciones es un fuego inextinguible acaso en un país en que nuestros yerros y nuestras desdichas dejaron hacerse crónico el desorden. Esto dirán los que todavía, después de haberse arriado en la divina Antilla nuestra bandera, nos culpan de cuanto allí haya de ocurrir en largos años. Y entre tanto, nosotros disfrutaremos de la única compensación que nos resta: ver cómo el enemigo triunfante roe ese hueso que le dejamos entre sus dientes duros y ávidos de *bulldog*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El pensamiento sin poesía y la vida sin infinito son como un paisaje sin cielo.

AUSIEL.

Si padecéis por causa de la injusticia de un hombre malo, perdonadle á fin de que no seáis dos hombres malos.

SAN AGUSTÍN.

Cuando la justicia desaparece, no queda nada que pueda dar valor á la vida de los hombres.

KANT.

La pereza anda tan despacio, que la pobreza no tarda en alcanzarla.

FRANKLIN.

La patria vive del concurso y del trabajo de todos sus hijos, y en el mecanismo de la sociedad no hay pieza inútil.

JOUFFROY.

Si alguien me desprecia, allá él; por mi parte cuidaré de no hacer ni decir nada que sea digno de desprecio.

MARCO AURELIO.

Muchos que se quejan de la suerte no tienen motivos para quejarse más que de sí mismos.

VOLTAIRE.



¡Pareja de huérfanos!

IDILIO COSTEÑO

I

La decoración, un portento. Al fondo el mar, la playa extensa; á un lado el semicírculo de crestas festoneado de verdor; al otro el pueblo, pequeñurrio, alegre, de casonas chatas y campanario esbelto. Cara al mar, tonos azules; la lejanía, argentada; en la rompiente, el níveo adorno de espumoso encaje.

Arriba, entera nitidez; ni una mancha, ni un celaje siquiera. Del toque azulino, con un reflejo de sol al promediar la tarde, pasa al matiz carmineo apenas acusado.

En la arena un lanchón, quilla al aire, da idea de pasado apuro, tal vez desastre, descubriendo *caricias* del roquedal en el costillaje, y como en angustia, boquiabierto, quitada la mecha de la carlinga.

Nota animada: un revuelo de gaviotas, en lo alto unas veces, otras casi rozando la ácuea superficie. La mar es toda ella un rizo, las olas besuquean el playado, festosas, mansurras. No iría un velero con andar de muchas millas, porque el aire es ledo, de brisa ni un soplo. Tan diáfana es la atmósfera, que sin ojos de lince se verían danzar los corpúsculos.

Al leve musitar de las ondas suceden ecos de risas. Frescas son y lozanas, casi infantiles, al diapason de la placidez ambiente...

II

Ved ya figuras para el cuadro. Ni escogidas: moza y mozo, triscando muy retozones hacia el ringle de chinas, con los pies desnudos, al aire el pelo, abundoso en ella, en él casi mocho.

¿Años? Pocos. ¿Sueños? Muchos. Nadie en el pueblo va á notar la ausencia. Ahí les vierais todas las tardes, incluso aquellas en que el mar no canta, sino que ruge; incluso aquellas en que el viento bate, y esos besos de ahora tórnanse violencias, y lo azul es gris, y el blanco encaje rómpese en pedazos, y entrechocan las chinas, y no hay grano de arena quieto...

Cierto que, cuando eso ocurre, las bocas no ríen, las piernas no saltan, las manos no juegan: ante el deshecho temporal los labios oran, las rodillas se hincan, las manos se juntan en ademán piadoso.

¡Pareja de huérfanos!.. Ella, garbosa, de tez marfileña, ojazos negrísimos, con cada pestaña que mete miedo, no tiene padre ni madre. Él, gallardo, de rostro agareno, de frente playera por lo lisa y amplia, solito anda desde los años ocho...

¡Ese mar!.. ¡Parece imposible lo traidor y perverso

que es á menudo! Da en ser feral, y allí quedan los hijos, las madres, sin pan ni ventura... Pero, á manera de deidad gazmoña, torna al quietismo, al contorno mágico, al color purísimo; vuelven el rumoroso vaivén de las ondas mansas, el vaporoso tul, el bello horizonte, y engaña y alegra, y atrae y encanta!

III

Las miradas van primero allí, á la lejanía incierta. Después, á compás de sendas sonrisas, se cruzan y chocan.

- ¡Pepín!
- ¡Maruja!
- ¿En qué piensas?
- Lo primero, en ti; luego... ¡en tantas cosas!
- ¡Dímelas, anda!
- ¿Una vez más?
- Y mil que sean. ¿No?
- Sentémonos.

Casi tocando la espuma, ella sacude el torso hacia atrás para apartar las guedejas; él, gravadoso un instante, ha cogido un chinarro y lo tira á flor de agua. La piedra rebota y brinca hasta perderse. Al estirar el brazo para repetir, ella le impide inclinarse.

- ¡Deja!
- ¡Que no!.. ¡que no!
- ¡Maruja!..
- ¡Pepín!.. ¡Anda, dime esas cosas!
- ¡Si ya las sabes!
- ¡Te vuelves más tonto!..
- Tú sí que eres tonta.
- Me decías ayer...
- Lo que *antiayer*, y que el otro, y siempre...
- Que en siendo yo mujer y tú hombre...
- ¡Eso!
- Eso. ¿Qué?
- Nada. Porque... como no soy hombre *entavía*...
- Ni *entavía* yo mujer. Pero serlo, sí que lo seremos. ¿No? Pues *pa* cuando lo seamos, ¿eh?, bueno es que empecemos á pensar *miajita*... *Pa* el caso, como si lo fuésemos... Mira: tú, en tres años, cádate ya con bigote. Y yo... ¿no *icen* ya que moza parezco, más que niña?

Él no contesta al pronto: su diestra se extiende hacia la línea lejana que une mar y cielo. Un puntito obscuro empieza á divisarse.

- ¿Qué es, Pepín?
- Buque de vapor.
- ¿Dónde?
- Allí, fíjate... Yo casi distingo penacho de humo.
- ¡Ay, sí!

—Pues con eso, ¿eh, Maruja?, no con la barca, que es poquita cosa para tanto charco. Con eso, ¿ves?, en cuanto yo pueda, vía á la otra parte del mundo... Un año, dos, *ú* los que sean menester...

- ¡Ay, Pepín, toda me estremeces!
- ¡Tonta!
- Bien, sí; ya te dije que entiendo la intención, que eso es muy bonito; mas...
- La barca, Maruja, nos dejó sin padres...
- ¿Rezamos?
- Después. Dígote que tu miedo...
- Miedo... de eso, de un año, dos, *ú* los que sean...

¿Tú sabes lo que es un año, nada más que un año de... ¡Ríete, malo, ríete!.. Todas las tardes, ¿eh?, por lo menos todas las tardes, yo sola aquí, mirando á lo lejos... ¿dónde?.. lejos, ¡tanto!.. ¡Ay no, Pepín!.. ¡ay no!; que no quiero, vaya, que no quiero!..

Márcase un contraste: ella vierte lagrimones, él se echa á reír escandalosamente.

—Bueno, ríete. ¡Serás bicho! Siempre que lloro— y es por culpa tuya, —has de burlarte... ¿Y si te murieses, Pepín?..

La frase es una andanada. La propia explosión seca el lagrimeo.

- ¿*Morime*?.. ¡Anda! ¿Que acaso no puedo *morime* si cojo un día los arreos y me lanzo á la mar con un lanchón así, ves, como ese, de nostramo Bruno? ¡Ahí lo tienes, lleno de *bujeros*, el palo hecho astillas!.. ¡*Na!* Una bromita del *zeñó* tragabarcos... ¿No?
- Claro que es así.
- ¿*Entonce*, Maruja?..

IV

El parlero runrún de las olas es algo más acentuado que antes; el cenit adquirió un brillo escarlata, el astro rey dora un tanto los picos, las gaviotas han vuelto y aletean más recio. El penacho de humo de la nave distante se alargó un tantico, y el punto negro se agrandó hasta verse cómo hace vía á levante, á doblar el cabo. Tras de un silencio, la moza exclama de súbito, abriendo mucho los ojos, arqueando las cejas y apuntando un donaire:

—Y ¿por qué, en vez de mar *adrento*, no sea tierra *adrento* donde tú vayas?

El muchacho brinca. Espalda al mar, contempla fijo unos segundos á la niña. Ahora sí que el gesto es de hombre, y también la mirada.

Él no entiende: por esto su silencio interroga, más que si lo hicieran los labios. ¿Qué?, ¿qué ha dicho Maruja?, ¿qué ha querido indicar?

Ella mide el efecto que sus palabras producen, y

se ufana en lo hondo, y estalla la risa, entrecortada, aguda, entre nerviosa y franca.

—Sí, Pepín, ni barca ni barco...

—¡Bah!.. Tanto como eso, imposible. Sin el mar, no vivimos. ¿Ves qué hermoso, Maruja?, ¿ves qué grande?.. ¡Tiene *nuestros muertos* y todo!

torna á coger chinias y á dispararlas gacho. Ella saltitona airosa acá y allá de la menuda arena. Sí, está contenta y le da á él la razón. Sólo que... ¡aquello de un año, dos, *ú* los que sean menester!..

El playazo se ensombrece. La mar, de crespas que estuvo, tiende á alisarse, quieta y aletargada en ansia de reposo. Vivo carmín entona la ancha bóveda fugazmente. Apunta una estrella, mensajera de paz.

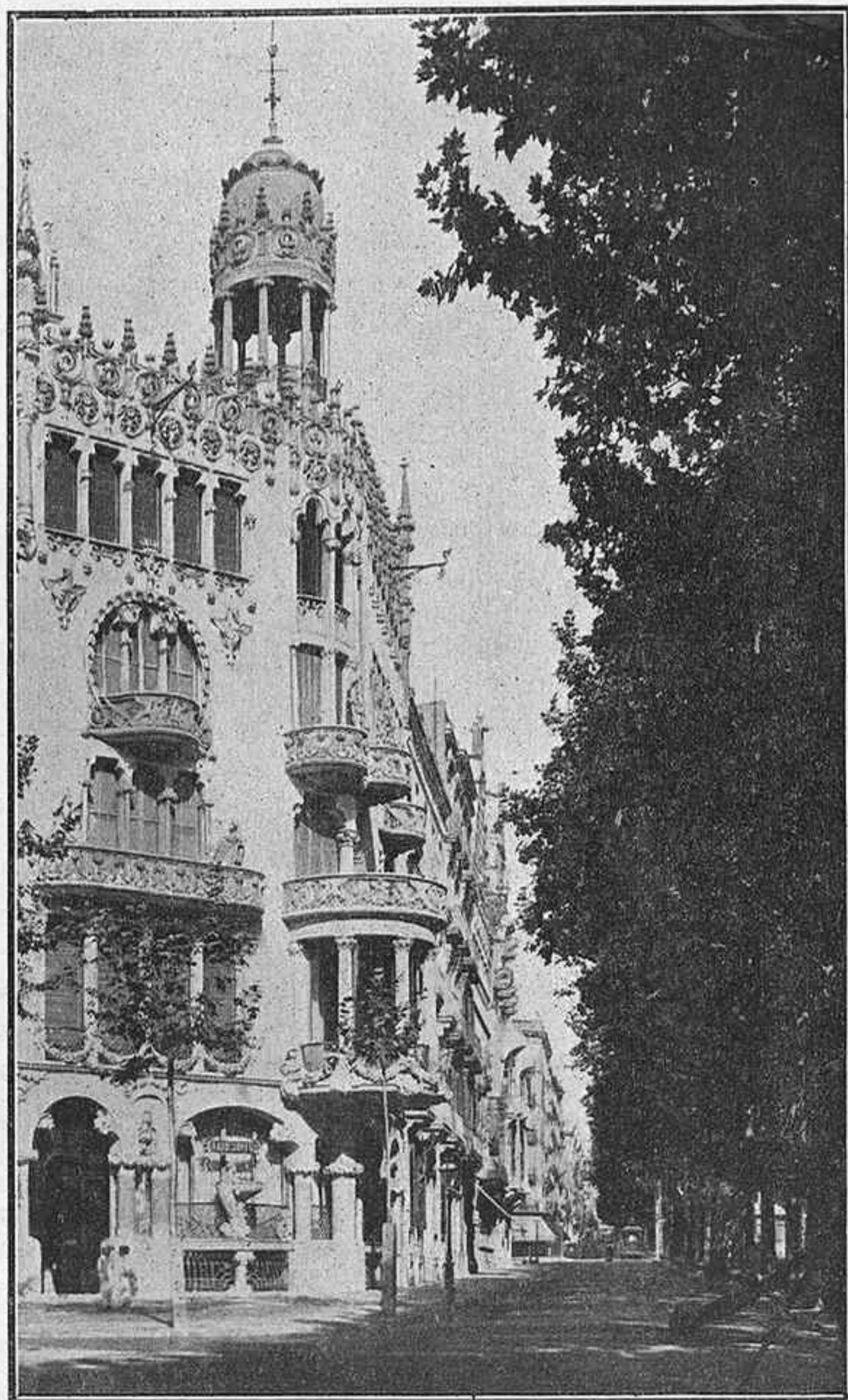
La pareja anda ya hacia el poblucho, mano con mano, riendo, riendo...

SEBASTIÁN GOMILA.

(Dibujo de José M.^a Marqués.)

ciones que van embelleciendo las vías de Barcelona, asignándole un carácter especialísimo, causa de admiración para los extranjeros y de justificado orgullo para los barceloneses.

Esta plausible resolución, que honra á nuestro Municipio y á sus iniciadores, va produciendo los resultados que se apetecían, puesto que al constituir un medio de estímulo para los propietarios, arquitectos y artistas, atentos á obtener un premio que significa el reconocimiento de merecimientos dignos de aplauso, produce como natural consecuencia el desarrollo y progreso de determinadas artes é industrias, el fomento de la cultura, la depuración del buen gusto y el cambio ó transformación de los edificios, que se



BARCELONA. — Casa propiedad de D. Alberto Lleó, obra del arquitecto D. Luis Doménech y Montaner. Premio del Excelentísimo Ayuntamiento en el concurso de edificios de 1905. (De fotografía de A. Merletti.)



Detalles de la fachada de la planta baja y del primer piso de la casa de D. Alberto Lleó. (De fotografía de A. Merletti.)

Rascándose en la sien, el muchacho pugna por hallar palabras. Las concibe así, vagamente, pero huyen, huyen burlonas y rebeldes. Lo que calla á la fuerza expresaría á buen seguro la purísima veneración á unas egunda vida, un cariño invencible á aquel grao donde ella y él, día tras día y año tras año desde los más tiernos, soltaron mil lindezas; gorjear de pájaros, un arrullo inconsciente; donde se deslizaron sus contentos y sus fanfurrinas, donde sus almas se nutrían de recuerdos y de ilusiones... En la sola frase que acudió á su boca, se ha condensado todo esto: «¿Ves qué hermoso, Maruja?... ¿ves qué grande?...»

Ella, puesta en pie, se ha abrazado á su cuello entre socaliñera y medrosa. Su Pepín quiere ser hombre, ¡harto lo comprende! Los ensueños, los planes, las falordias que se han tramado entrambos para el porvenir, no tienen cuento. Su instinto de mujer en ciernes la dice que han de ser felices, eternamente felices, los más felices de la tierra...

Pepín se sonríe, Maruja señala al sol que va á traspasar la cumbre. Él renuncia á la meditación, por fuerza, y

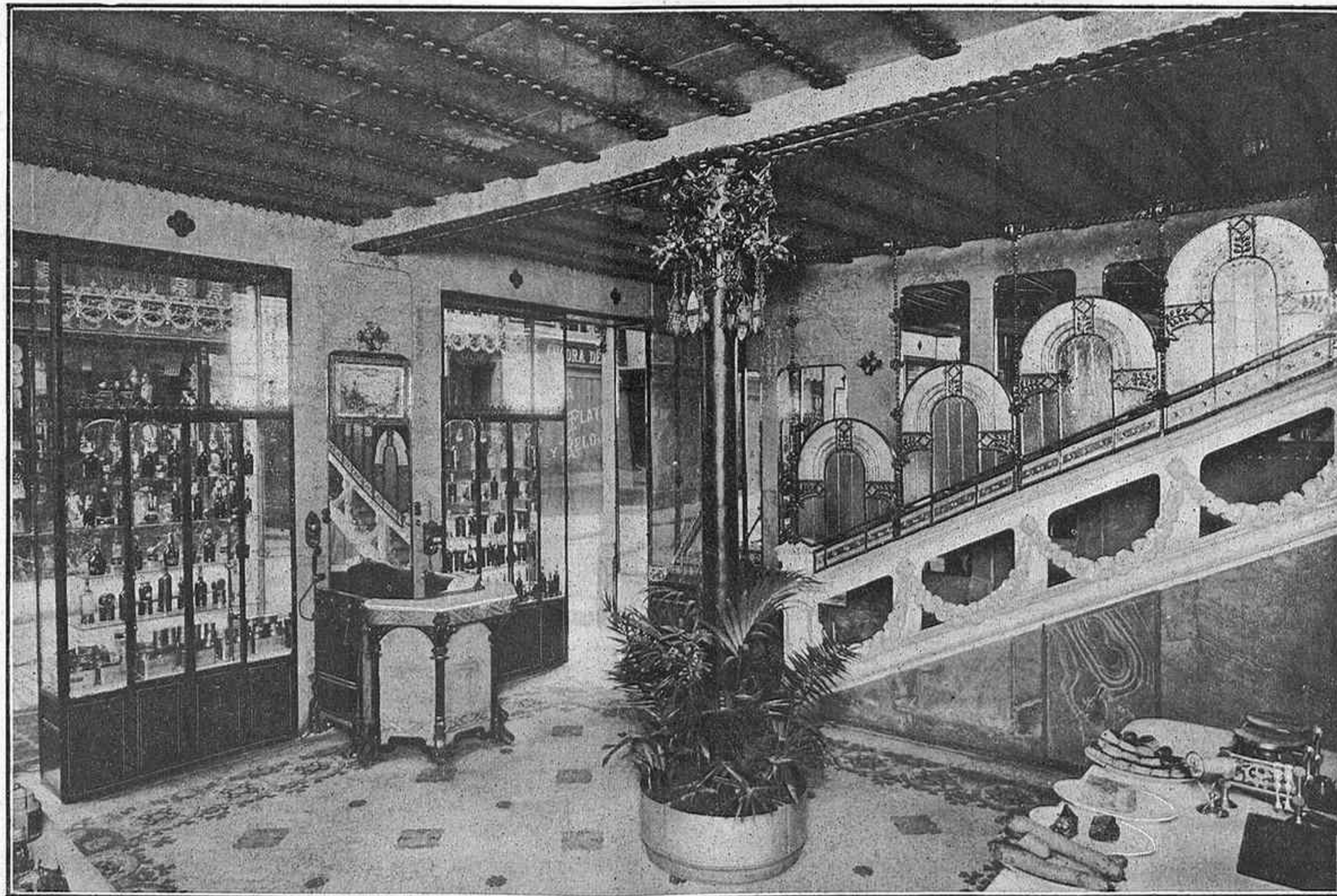
BARCELONA.—CONCURSO DE EDIFICIOS DE 1905

Si fué acertado el acuerdo adoptado por la Corporación Municipal de nuestra ciudad, consistente en otorgar un premio anual á los edificios que más se distinguieran de entre los construídos durante dicho período, extensivo á los establecimientos que también descollaran por su mérito, atestiguanlo las construc-

convierten en bellas y galanas manifestaciones artísticas, ya que tal concepto ha de asignárseles por responder á las corrientes que han de informar todas las creaciones del arte moderno.

Es muy probable que aun sin el estímulo que representa ese premio á que nos referimos, nuestros arquitectos y artistas hubieran demostrado también su valía. Para ello basta recordar la importancia adquirida por la vidriería, cerrajería, fundición de bronce, etc., etcétera, para comprender la cuantía y riqueza de que pueden disponer los arquitectos para realizar sus concepciones. Mas entendemos que merece alabanza la fundación del concurso anual de edificios por su significación y trascendencia.

El premio destinado al mejor edificio ha correspondido este año al que posee D. Alberto Lleó en el Paseo de Gracia, chaflán á la calle del Consejo de Ciento, proyectado por el arquitecto don Luis Doménech y Montaner, á quien tanto debe el que pudiéramos denominar renacimiento artístico de nuestro país, puesto que sus provechosas enseñanzas, su poderosa iniciativa, su inteli-



BARCELONA. — Interior del Restaurant Pince, obra del arquitecto D. Juan Alsina. Primer premio del Excmo. Ayuntamiento otorgado á los edificios industriales en el concurso de 1905. (De fotografía de A. Merletti.)

gencia y entusiasmo, han logrado fijar una nueva orientación al arte de la construcción y contribuido á que creciera ese núcleo de jóvenes arquitectos, gloria muchos de ellos del arte de nuestro país.

Consta la casa á que nos referimos de planta baja y cuatro pisos. El vértice de la fachada hállase formado por un bellissimo y saliente cuerpo central, que se separa por completo de la monótona uniformidad á que obedecen los edificios situados en los ángulos de las grandes vías del Ensanche. Quanto al estilo del edificio, justo es consignar que no corresponde á alguna de las tradicionales clasificaciones arquitectónicas conocidas; pertenece á un género especial, peculiar y personalísimo del docto arquitecto, digno de admiración por su originalidad, por la amplitud de la concepción y por su riqueza y suntuosidad.

Aparte de los caprichosos capiteles, templetos y otros elementos, así como los trabajos escultóricos obra de Eusebio Arnau, llama la atención la planta baja, toda ella abierta y rasgada por grandes aberturas, en la que se halla instalado el notable establecimiento fotográfico del Sr. Audouard, del cual reproducimos algunas vistas en las páginas de esta Revista al efectuarse su inauguración.

Cuanto al premio destinado á los establecimientos, ha sido otorgado al restaurant Pince, situado en la calle de Fernando, cuyo proyecto es obra del arquitecto D. Juan Alsina, quien ha dado muestra de su inteligencia y habilidad en la ejecución de la empresa que se le encomendó, venciendo dificultades de espacio y de construcción.

A todos felicitamos por sus plausibles esfuerzos, deseando que así los propietarios como los arquitectos y artistas nos ofrezcan ocasión en los años venideros para aplaudir y ensalzar las nuevas obras que ejecuten, en la seguridad de que con ello contribuirán al engrandecimiento de nuestra ciudad.

Brioude á Clermont-Ferrand, y para ella se habfan inscrito 37 automóviles, divididos en seis categorías, de los cuales se retiraron cinco. El recorrido total era de 1.000 kilómetros.

El día 8 terminó la carrera, habiendo ganado la codiciada copa Rigoly, que montaba un automóvil Gobron y que recorrió el trayecto de 1.000 kilómetros á una velocidad media de 53 kilómetros por hora, lo que ha sido considerado como una gran victoria, dado lo accidentado del terreno que constituía el circuito. La velocidad media que se exigía á los vehículos clasificados en la quinta categoría, en la que estaba incluido el vencedor, era de 40 kilómetros.

Rigoly conservará, pues, la copa de Auvernia durante un año, pero no se le considerará como poseedor definitivo de la misma hasta que la haya ganado durante dos años consecutivos.

El periódico deportista de París *L'Auto* organizó recientemente una carrera á pie, concediendo un premio de 500 francos al corredor que en menos tiempo diera la vuelta alrededor de París, siguiendo los bulevares y las fortificaciones. La extensión total del recorrido era de 37 kilómetros, 75 metros.

La carrera se efectuó el día 9 de los corrientes y en ella tomaron parte 250 carreristas, que salieron de la avenida Suffren á las nueve y media de la mañana, habiendo sido el vencedor Siret, que hizo el recorrido en dos horas veinticuatro minutos, lo que da una velocidad media de 15 kilómetros, 610 metros por hora.

Siret es un joven de diez y ocho años, flacucho y de aspecto casi enfermizo, lo cual no ha sido óbice para que en

la carrera á pie por él realizada diera pruebas de gran resistencia física.



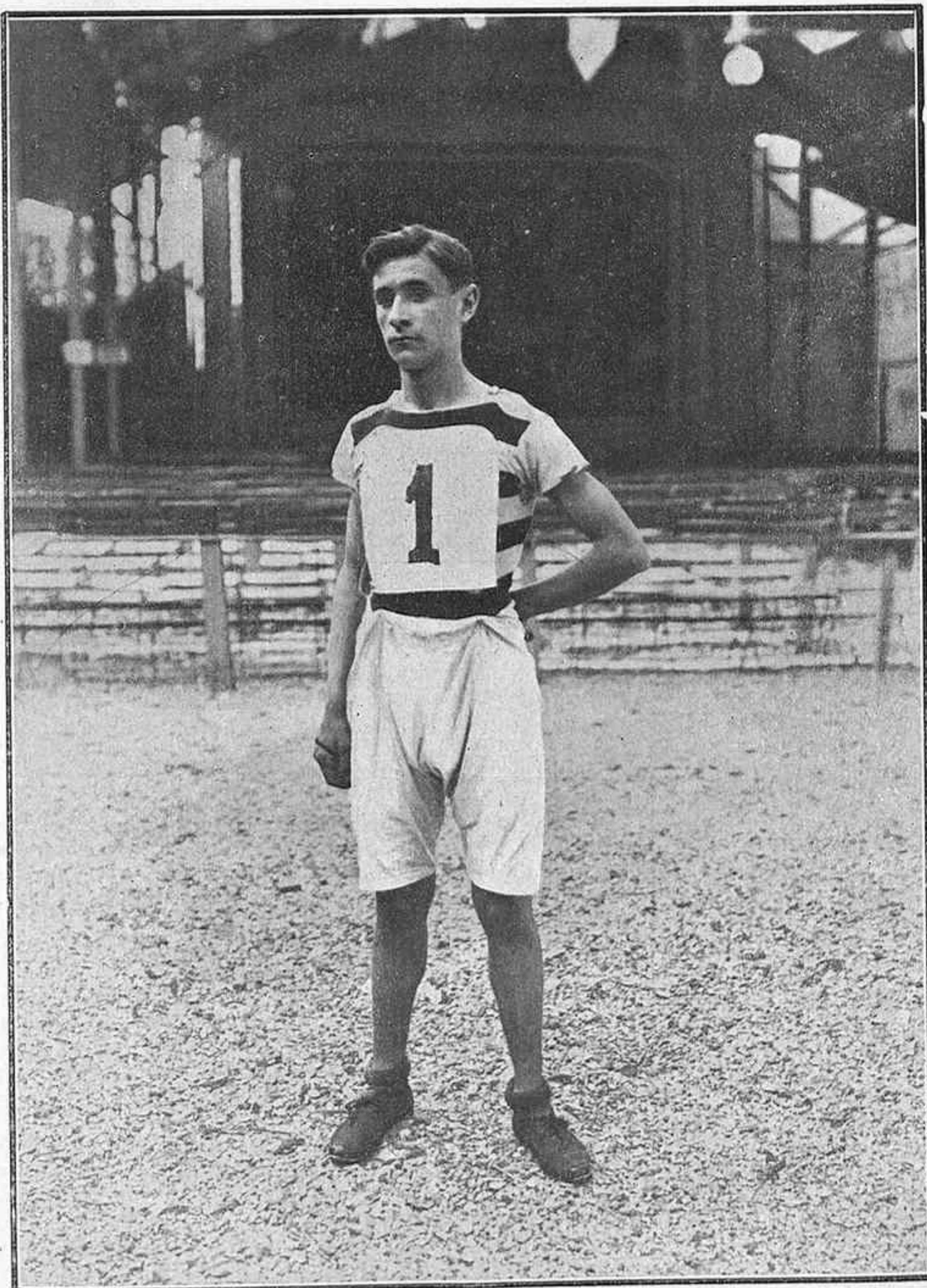
CLERMONT-FERRAND. — RIGOLY, vencedor en la carrera automovilista «La copa de Auvernia.» (De fotografía de M. Rol y C.ª)

DE SPORT

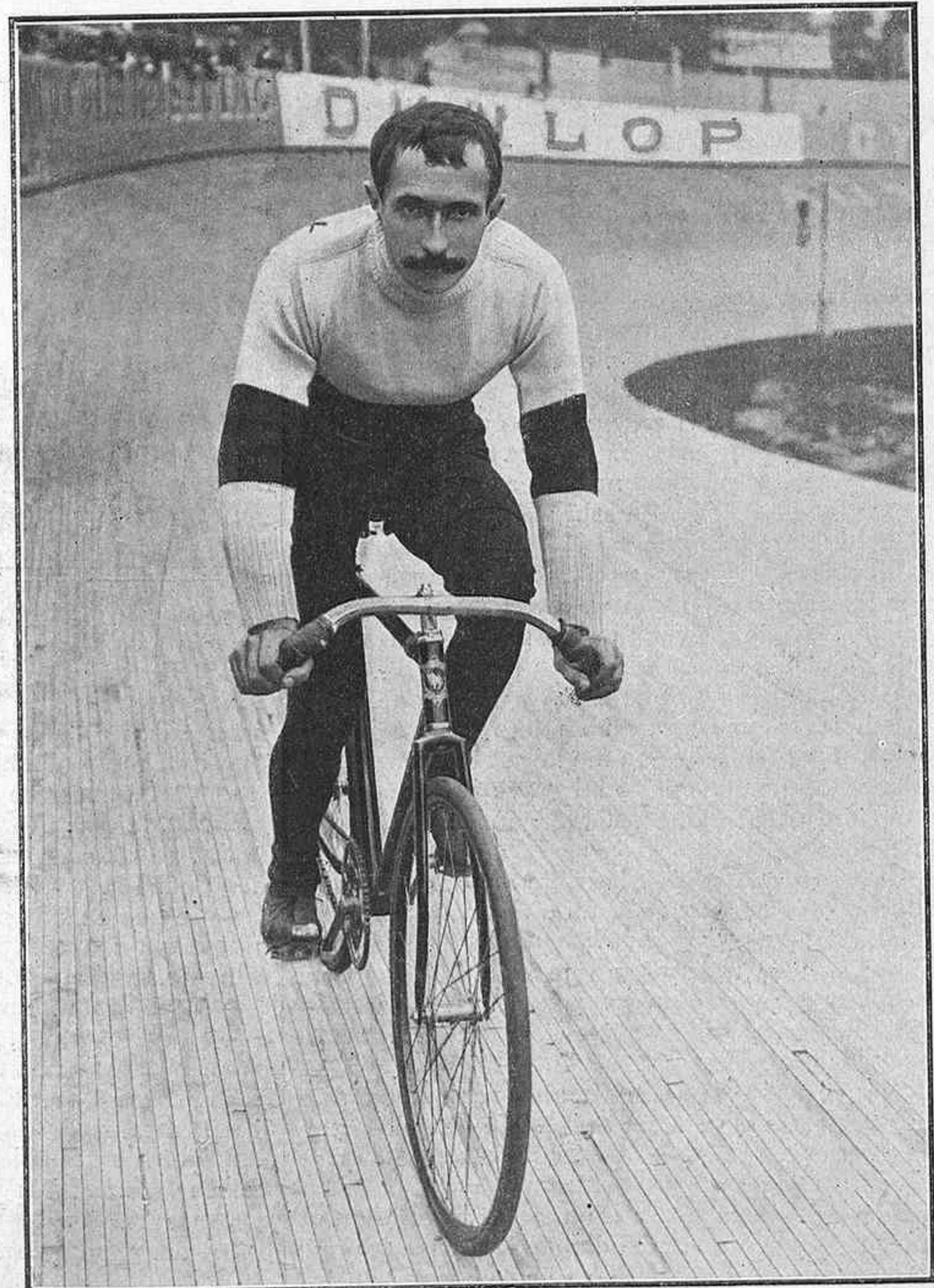
LA COPA DE AUVERNIA. — CAMPEONATO DE LA CARRERA Á PIE «LA VUELTA ALREDEDOR DE PARÍS» CARRERA VELOCIPÉDICA «BOL D'OR»

El día 3 comenzó en Clermont-Ferrand la carrera automovilista en que se disputaba la Copa de Auvernia, consistente en un objeto de arte de plata maciza de un valor de 12.000 francos. La carrera se dividía en cinco etapas, á saber: Clermont-Ferrand á Vichy, Vichy á Le Puy, Le Puy á Brioude,

Terminaremos estas notas deportivas dando cuenta de la carrera velocipédica titulada «Bol d'Or,» que se corrió en los días 8 y 9 en el velódromo Búffalo de París. La prueba consistía en correr 24 horas seguidas, y en ella se disputaron el premio nueve ciclistas; terminó con la victoria de Renato Pottier, que no hace mucho triunfó también en la carrera de la vuelta alrededor de Francia. — S.



PARÍS. — SIRET, vencedor del campeonato de «La vuelta alrededor de París» á pie (37 kilómetros). (De fotografía de M. Rol y C.ª)



PARÍS. — POTTIER, vencedor de la carrera velocipédica «Bol d'Or» (24 horas). (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MI POLICÍA

Existe un extraño sujeto que se empeña en andar sobre nuestros pasos. Lo extravagante del caso es que no sigue a mi esposa, sino a mí. Hoy me he convencido de ello. Me ha visto y hase acercado como si algo tuviera que decirme. No obstante, *mi policía* me ha franqueado el paso, escudriñándome con disimulo.

Si yo no anduviera muy limpio de conciencia, sería

—Dos caballeros la acompañaban. El uno, alto y delgado, se parecía vagamente á la joven. Juraría que era su padre. A ese tampoco le he vuelto á ver. El otro sois vos. Ha pasado mucho tiempo, mucho... Habéis cambiado lo suficiente para que sea costoso reconocerlos; no lleváis barba como entonces...

Esa verdad de cuatro años atrás en boca de un desconocido que tenía por insensato, me hace estremecer involuntariamente. Mis codos se pegan á la mesa y mi cabeza, súbitamente preocupada, abando-

Todos los nervios de mi cuerpo han estallado, la sangre me colora... Decía verdad. Estuve en la estación de X. Se cometió un crimen. El misterioso asesino da juego aún á los tribunales. Todas las pesquisas han resultado infructuosas. Mi desconocido perseguidor no es un loco, es mi policía, un policía real, incansable. ¿Se sospecha de mí? ¿Pesa alguna acusación horrible sobre mi inocencia?..

¡Ah!.. Ahora comprendo perfectamente por qué hablaba con tanto rodeo... Ha inventado una farsa para hacerme confesar lo que no he hecho... ¡Razón tenía mi mujer!.. ¡Ah, cuando las mujeres tienen malos presagios!..

—¡Vais á confesarme la verdad!..

Dos gruesas gotas de un sudor de hielo ruedan sobre mi frente.

—Acompañabais al caballero alto y delgado y á su hija... Nos sentamos los cuatro á una misma mesa; yo ante vosotros. Mientras comimos hablamos mucho del crimen, de sucesos extraños, de muchas cosas... Ella tenía frío, muy abrigada temblaba de miedo recostada á la pared... Sus pupilas brillaban en la sombra de sus ojos... ¡Su nombre, decidme su nombre; reveladme dónde está!..

Respiro al fin. No se trata de un policía verdad ni de un demente, pero sí de un loco enamorado...

Le referí cuanto sabía. Herrera había quebrado, y para escapar más libremente llevaba á su hija á un convento regido por su tía.

Han pasado dos años próximamente y hoy tengo convidados en casa. Son Alberto, á quien sigo llamando en broma *mi policía*; su esposa, la tierna Luisita Herrera, que prefirió á los brazos constantemente abiertos de Cristo, unos que se cerraran con transportes de pasión humana, y un chiquitín que chupa y duerme que es una felicidad. Y una envidia para mi mujer y... para mí, pues en París se empeñan en decirnos que *nones*.

NOGUERAS OLLER.



VISITA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII AL FUERTE DE GUADALUPE. — S. M. RECIBIENDO LAS LLAVES DEL FUERTE.

muy capaz de llenarme de sobresalto. Estoy tranquilo por esta parte, y lo único que me sucede es que me estorba.

Los dos hemos hecho el mismo camino. Y aunque sus pisadas resonaban lejos, me sublevaba la presencia de mi impertinente y misterioso policía. Heme parado distintas veces ante los escaparates de las tiendas. No veía en ellos ni sedas, ni joyas, ni pasteles; desviábanse mis ojos aguzados por una extraña é irresistible curiosidad: ¡mi perfidioso y extraño policía!

A eso de las tres de la tarde han llamado en la puerta de mi casa. Era él y ha preguntado por mí con marcada insistencia. Mi Carmen, que en todo ve malos presagios y es muy asustadiza, me ha negado.

A las ocho ha vuelto á llamar. Mis órdenes estaban dadas, y á pesar de los temores de mi mujer, ha sido introducido en mi estudio.

Es un joven nada vulgar, tiene mucha luz en los ojos y habla con vehemencia.

—Hace mucho tiempo que ando en busca de una persona. La vi por primera y única vez, su imagen penetró en mi alma para no ausentarse nunca. He interrogado al espacio para saber su nombre, y el insondable infinito ha permanecido mudo. He escudriñado pueblos y más pueblos, ciudades y más ciudades, indagando en todas partes, y el mundo ha permanecido cerrado para mí, ocultándome el más interesante y amable de sus seres.

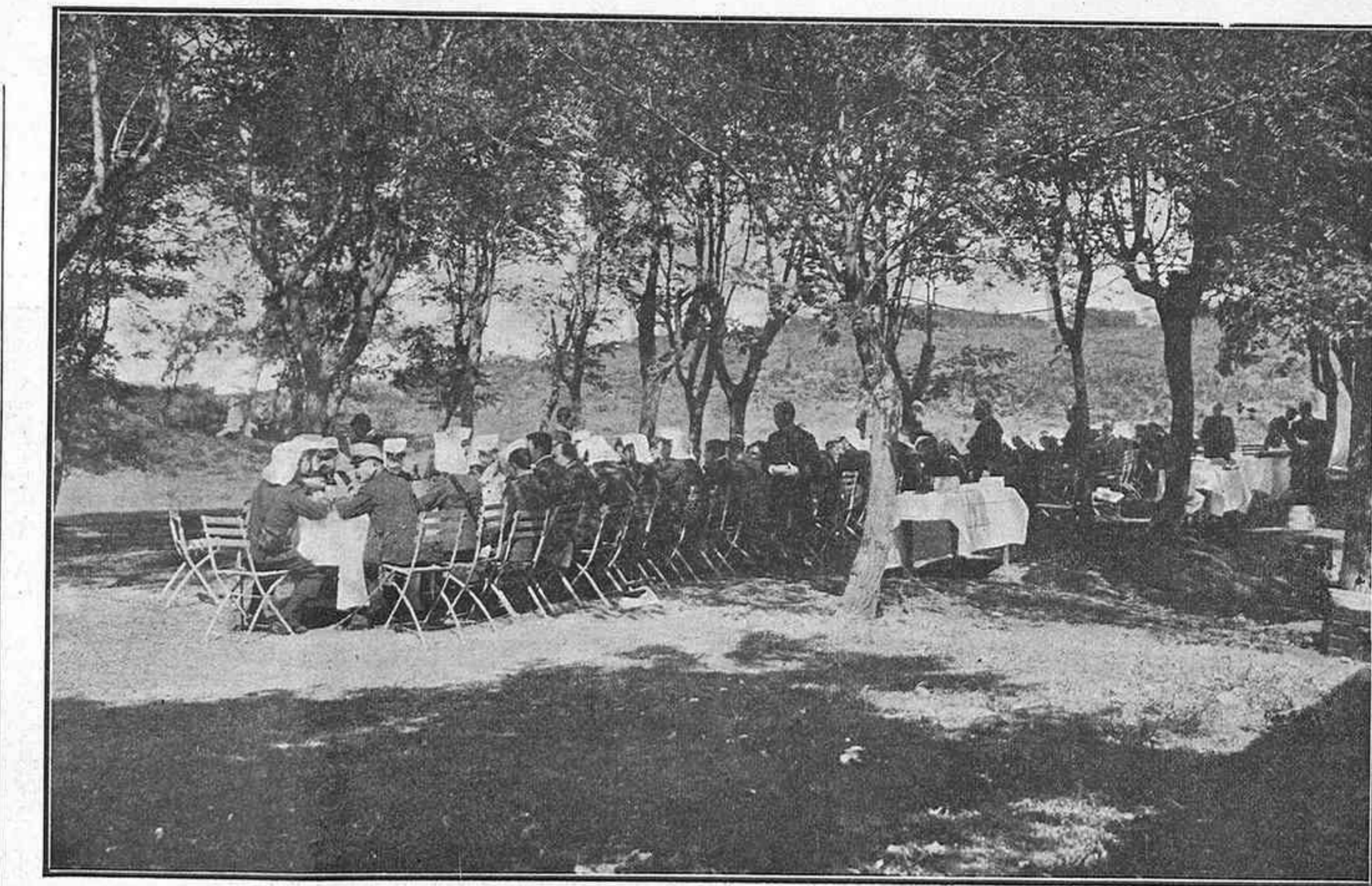
Sugestionado por su voz dulce y triste, que acaricia gimiendo, sigo su extraño relato con verdadera atención. Y es tanto lo que me llega al alma, que temo descuidar por completo mi grave papel de hombre ofendido antes que intervengan satisfacciones. Prosigue:

—Ese silencio, ese caos horrible me desespera, me hunde noche tras noche en un abismo de dolor inabordable...

Chupa una lágrima furtiva que se ha deslizado por su mejilla pálida, y en un arranque de su alma, acercando á mi rostro la luz que estaba sobre mi mesa, dice:

—¡Oh, sí, sois vos! Es la segunda vez que os miro tan de cerca y no me cabe duda... Me ha sido preciso observaros atentamente para convencerme de que os conocía...

Aparto mi cabeza instintivamente. Brutal hiere la luz mi rostro, y por cuarta ó quinta vez sospecho que me las tengo con un loco. No sé á qué viene su discurso, y cuanto más habla menos le entiendo. Si no despertara en mí una inexplicable curiosidad, le despediría. No me causa temor alguno.



Almuerzo al aire libre con que S. M. el rey D. ALFONSO XIII obsequió á los jefes y oficiales del fuerte de Guadalupe, después de presenciar los ejercicios de tiro. (De fotografías de Frederic, de San Sebastián.)

na el sillón y busca las palmas de mis manos. Mis ojos están fijos. Hablo secamente:

—Vais á hacerme el favor, caballero, de decirme qué hay de común entre nosotros dos...

Mi desconocido tiene una táctica y aplomo que desconcierta.

—Sé que he sido hartito molesto siguiendo vuestros pasos con una tenacidad tal vez irritante; no había remedio, faltaba estar seguro...

—Y no obstante me parece que os equivocáis...

—¡Equivocarme!.. Hace próximamente cuatro años os encontrabais una tarde en la estación de X, entre la ruidosa aglomeración de viajeros que invadían el restaurant...

Sus ojos están abiertos sobre los míos con una firmeza tremenda. Sus palabras han salido contundentes, seguras.

Sin embargo, juraría dos veces que se equivoca.

—Caballero, ya os lo he dicho: estáis en error.

—En el mismo tren en que ibais se cometió un asesinato. Confesad, pues...

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

EN EL FUERTE DE GUADALUPE

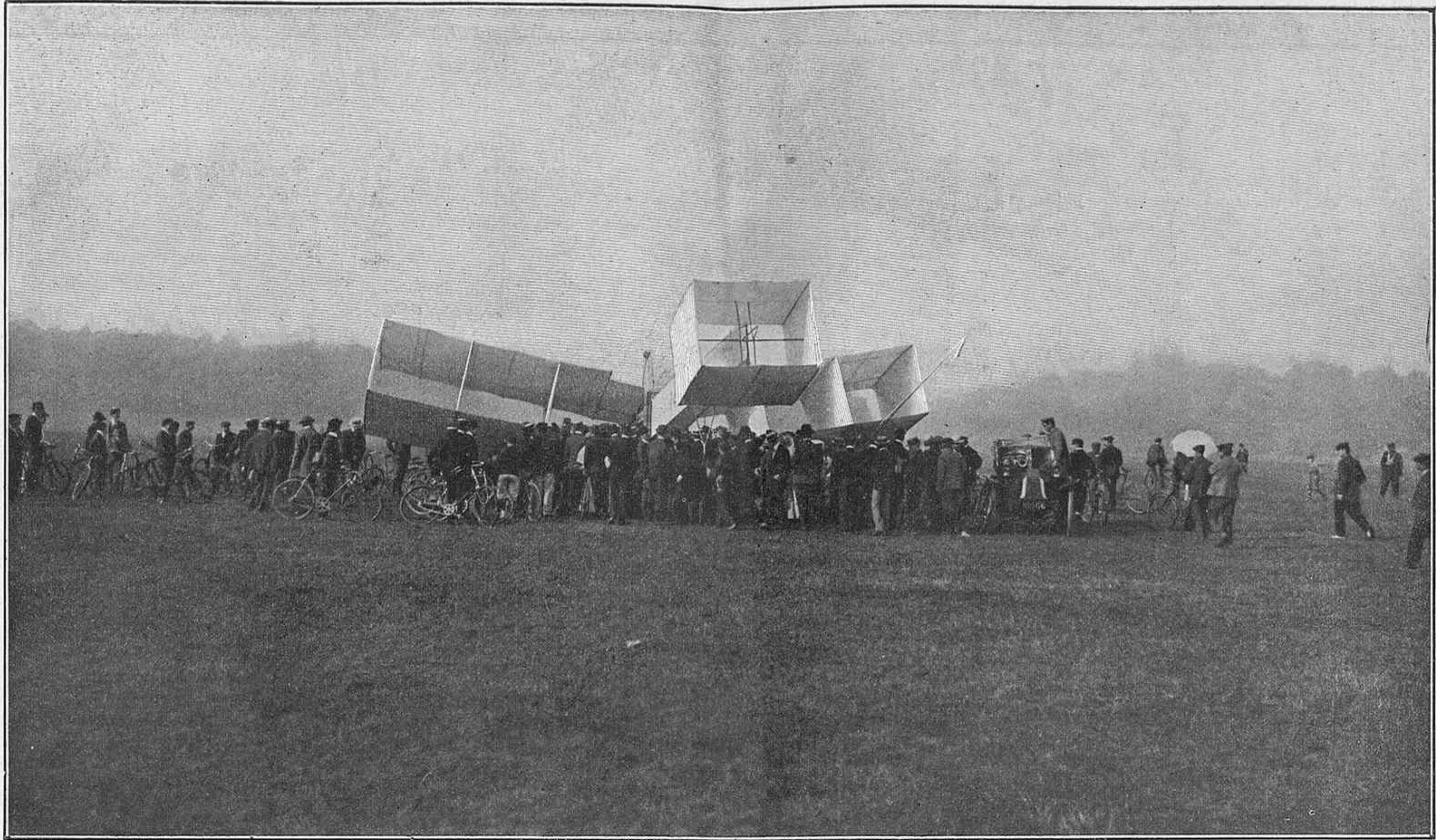
Con objeto de presenciar los ejercicios de tiro de artillería visitó S. M. el rey D. Alfonso XIII en la mañana del día 11 el fuerte de Guadalupe. Vistiendo uniforme de campaña de capitán general y acompañado del infante D. Carlos, de su cuarto militar y del escuadrón de la Escolta Real, salió de Miramar á caballo, dirigiéndose al fuerte; momentos antes habían partido en automóvil el presidente del Consejo de Ministros y el director de la Guardia Civil Sr. Sánchez Gómez.

El rey revistó las fuerzas, y poco después comenzaron los ejercicios de tiro de la batería de obuses y morteros y de los cañones de 12 centímetros, terminados los cuales celebró un almuerzo al aire libre con que el monarca obsequió á los jefes y oficiales.

Después del almuerzo, los cañones Ordóñez de 15 centímetros hicieron fuego sobre el blanco que figuraba un crucero. A las cuatro de la tarde salió S. M. del fuerte de Guadalupe, regresando al palacio de Miramar por Rentería.

EL AEROPLANO SANTOS-DUMONT

En el número 1.284 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos la reproducción y una descripción del aeroplano in-



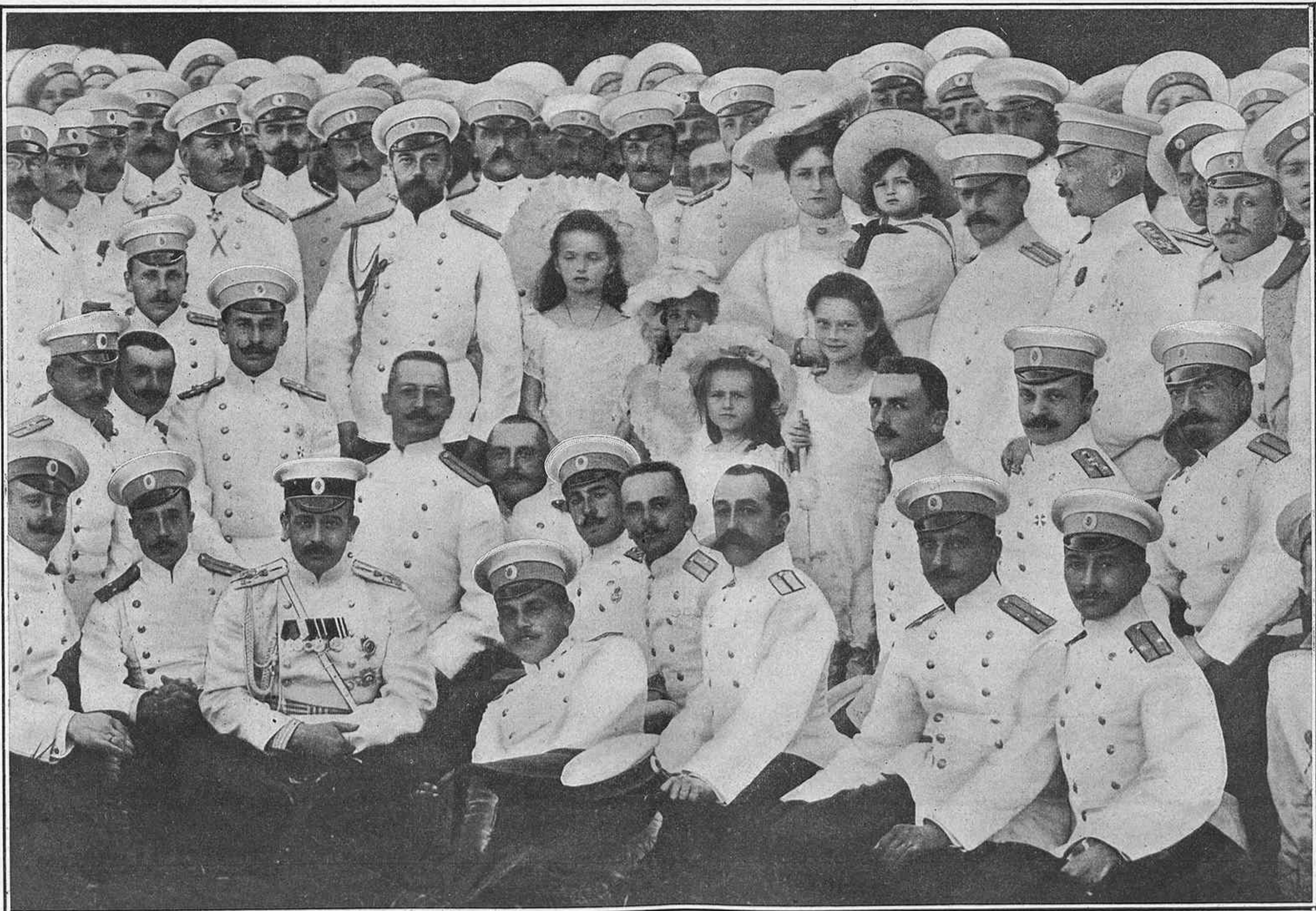
PARÍS. - ENSAYO DEL AEROPLANO DE M. SANTOS-DUMONT, EL PRIMERO DE ESOS APARATOS QUE POR SU PROPIO IMPULSO HA LOGRADO ELEVARSE Y VOLAR
(De fotografía de M. Rol y C.^ª)

ventado por el inteligente aeronauta Santos-Dumont y con el cual se propone éste tomar parte en el concurso del Aero-Club de París y en el de la Copa Archdeacón. De esos dos concursos, el primero tiene un premio de 1.500 francos para el primer aeroplano, provisto ó no de motor, que recorra contra viento una distancia de 100 metros; en el segundo, la copa,

que no ha sido ganada por nadie y que desde 15 de octubre de 1904 se halla depositada en el Aero-Club, se ha de adjudicar al aeroplano que recorra una distancia de 25 metros.

A fin de prepararse para esos concursos, Santos-Dumont ha practicado recientemente varios ensayos, y en el realizado el día 13 el éxito ha sido superior á cuanto podía esperarse, pues-

to que el aeronauta ha logrado efectuar un vuelo de siete metros. Puesto en marcha el motor, el aparato comenzó á deslizarse por el suelo cada vez con mayor velocidad, recorriendo de este modo 300 metros; de pronto, y cuando había alcanzado su mayor velocidad, separáronse del suelo las dos ruedas delanteras y á poco la trasera, y el aparato voló, á un metro



LA FAMILIA IMPERIAL RUSA RODEADA DE LOS JEFES Y OFICIALES DEL REGIMIENTO DE SEMENOVSKY QUE MANDABA EL GENERAL MINN (x) RECIENTEMENTE ASESINADO
(De fotografía hecha en Peterhof, pocos días antes del asesinato del citado general, comunicada por nuestro corresponsal.)



JÓVENES PATRIOTAS, cuadro de A. J. Elsley. (Copyright by Landecker et Brown, London E. C.)



RETRATO DE NIÑO pintado por F. A. de Kaulbach. (Copyright by Franz Hanfstaengl, Munich.)

Copyright by Franz Hanfstaengl, München

de tierra, y en la distancia indicada de siete metros. Un falso movimiento le hizo caer, estropeándose á consecuencia del choque una parte del aeroplano.

Este accidente en nada mengua el valor positivo de la prueba llevada á cabo; el experimento de Santos-Dumont es concluyente, siendo esta la primera vez que un aparato más pesado que el aire se ha elevado por sus propias fuerzas y ha volado realmente, salvando un espacio más ó menos largo.

LA FAMILIA IMPERIAL RUSA

En ese grupo, reproducción de una fotografía recientemente hecha en Peterhof, están el emperador, la emperatriz y sus cinco hijos: al lado del tsar, la gran duquesa Olga, nacida en 1895; al lado de ésta, la gran duquesa María, nacida en 1899; delante de ésta, la gran duquesa Anastasia, nacida en 1901; de pie, delante de su madre, la gran duquesa Tatiana, nacida en 1897; el niño que lleva en brazos la emperatriz es el único hijo varón de los tsares, el tsarevitch Alejo, nacido en 1904.

Los militares que rodean á la familia imperial son los jefes y oficiales del regimiento Semenovsky que mandaba el general Minn (el personaje que tiene señalada una x en el pecho), recientemente asesinado y que se considera como el más leal al emperador.

EL APLASTADO VIVIENTE

Los más impresionantes espectáculos hasta ahora presenciados en los circos resultan cosa de juego ó poco menos al lado del que actualmente se ofrece al público parisiense en *Folies-Bergere*; el *looping the loop*, el *looping en el vacío*, el *autobólido*, el círculo de la muerte y tantos otros ejercicios por el estilo, en los que la vida de una persona pende, por decirlo así, de un cabello, son muy poca cosa comparados con «el aplastado viviente», que así se titula el espectáculo á que nos referimos.

Un tal Gaddin, célebre en el barrio de Montmartre por sus canciones, se tiende en el suelo, con el torso desnudo, y por encima de él pasa un automóvil de 40 caballos de fuerza y 2.000 kilogramos de peso, en el que van sentados seis individuos; después que la máquina ha pasado sobre su cuerpo, Gaddin se levanta sonriente y sin haber sufrido el menor daño.

No se trata de un *truc* más ó menos hábilmente combinado, sino de un *tour de force* hercúleo, según pudieron comprobar los periodistas y los médicos que asistieron á la representación privada que se dió en su honor; además, el espectáculo se ejecuta en el jardín de *Folies-Bergere* y los espectadores de primera fila están á un metro del «aplastado viviente.»

He aquí cómo un periódico parisiense describe la primera representación pública: «Después del aplastamiento á toda velocidad, el aplastamiento en marcha moderada, que es aún más angustioso. Después de haberse hecho aplastar primero las manos y luego los pies, Gaddin se tiende tranquilamente en el suelo delante de la rueda del automóvil, y cuando grita «¡En marcha!» los espectadores escuchan emocionados cómo el motor se pone en movimiento, y reina un silencio sepulcral. Y cuando la pesada máquina se levanta lentamente para pasar por encima de la espalda de aquel hombre, con el torso desnudo, experimentábase una sensación de estupor y luego de admiración.»

El éxito del «aplastado viviente» ha sido inmenso. Un detalle para terminar: la empresa de *Folies-Bergere* ha dispuesto que ese espectáculo terrorífico sea el último número de cada función á fin de que las personas demasiado impresionables puedan retirarse del teatro antes de que se efectúe y sin perder nada del resto del programa.



El general ruso TREPPOFF, recientemente fallecido (De fotografía.)

EL GENERAL TREPPOFF

Repentinamente falleció el día 15 del actual en San Petersburgo, víctima de un aneurisma, según unos, envenenado, según otros, ese personaje cuyo nombre está íntimamente enlazado con la historia interior de Rusia, especialmente en los tres últimos años.

Intimo amigo y protegido de Plehve, al morir éste solicitó Trepoff que lo destinaran al ejército de la Mandchuria; pero cuando se disponía á partir, una orden del tsar lo retuvo en Rusia, en donde, á juicio del soberano, la agitación revolucionaria hacía necesaria su presencia para la defensa del imperio y del trono. Desde entonces, fué el alma de la resistencia á la revolución, y cuando en enero de 1905 estalló la sublevación en San Petersburgo, organizó la represión sangrienta, y como gobernador de aquella capital fué de hecho el verdadero jefe del gobierno ruso.

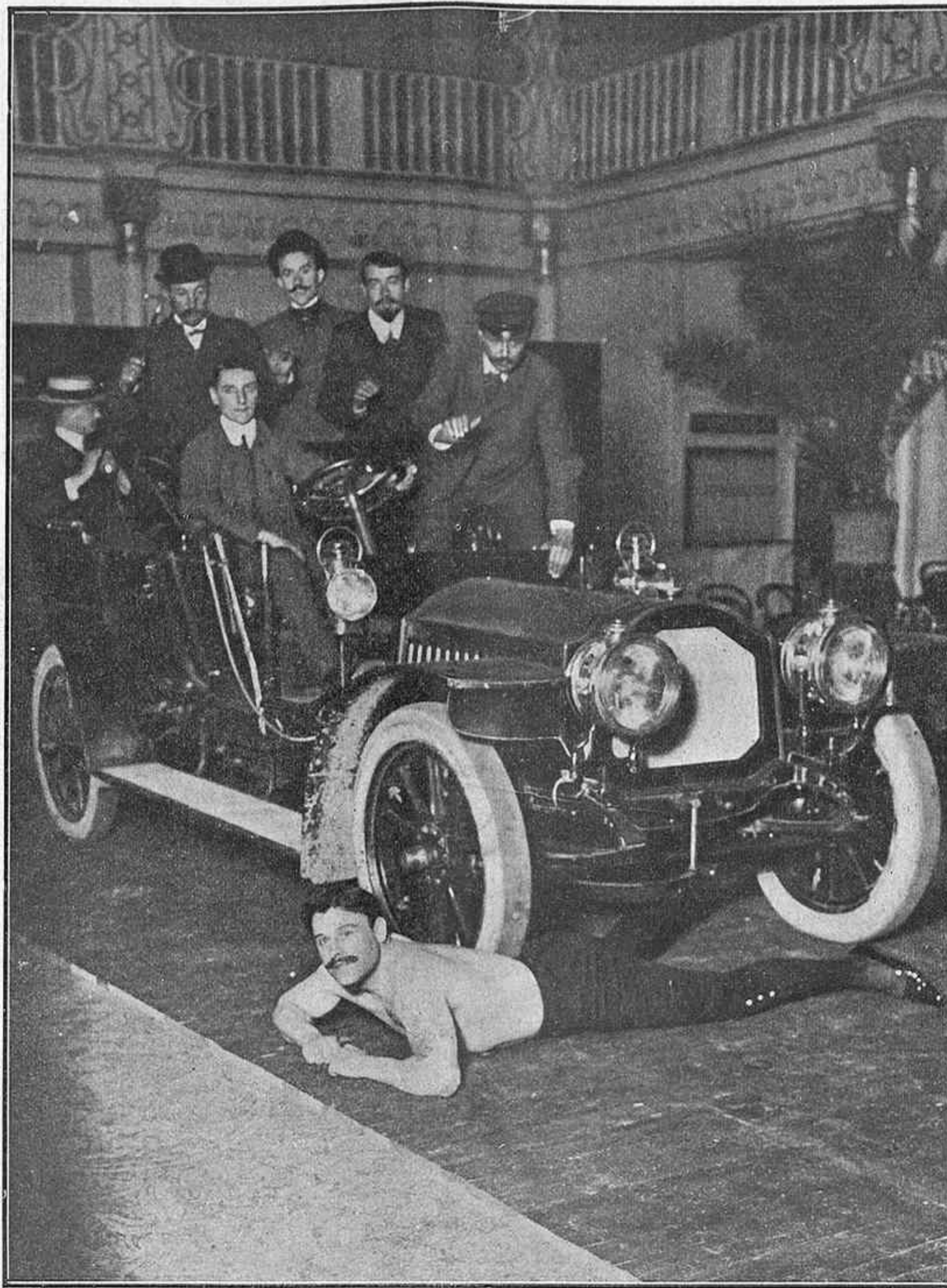
Iniciado en Rusia el gobierno parlamentario, el general Trepoff perdió aparentemente la preponderancia de que hasta entonces gozara y se habló mucho menos de él; mas no por eso había disminuído su influencia cerca del tsar, que seguía dispensándole toda su confianza. En este último período de su vida, circularon las opiniones más contradictorias sobre el papel que desempeñó en la política, y en oposición á los que le presentaban como encarnación del despotismo, otros afirmaban que había aconsejado á Nicolás II que entregara el poder á los jóvenes demócratas, afirmación que parecía confirmada por explícitas declaraciones formuladas por él en una reciente *interview*.

De todos modos, la opinión general le consideraba como continuador de Plehve, y por ende, como campeón implacable del régimen autocrático. Después de su muerte, empero, la prensa rusa, incluso la radical, ha ensalzado sus grandes dotes administrativas y su beneficiosa influencia en punto á la extensión de los derechos de la Duma y al impulso dado á la autonomía universitaria. «El general Trepoff, ha dicho un periódico, diferenciábase de otros muchos consejeros del tsar en que conocía el espíritu de la época y en que expresó, sin vacilar, su firme convencimiento de que la situación exigía un ensayo leal y completo del parlamentarismo. Pero seguía siendo servidor fidelísimo del tsar, y por esta razón le execraban los revolucionarios.»

BELLAS ARTES

Estatua de Federico Soler (Serafi Pitarra), obra de Agustín Querol. — En breve se inaugurará el monumento que en esta ciudad se proyectó erigir á la memoria del insigne creador del teatro catalán, el celebrado y popular dramaturgo Federico Soler, conocido con el seudónimo de *Serafi Pitarra*. El copioso caudal de sus producciones justificará siempre el homenaje que le rinde nuestra ciudad, y el monumento que se le dedica será siempre para los catalanes testimonio del respeto, simpatía y consideración que en este país se tributa á todos aquellos que han procurado enaltecerle y ensalzarle.

Confiada la ejecución de la estatua á un artista de reconocido mérito como Agustín Querol, éste ha correspondido plenamente á la confianza que inspiraron sus excepcionales aptitudes y su cariño á todo lo que se relaciona con la tierra que le vió nacer. Querol ha dado cima á su trabajo, y justo es con-



PARÍS. — El aplastado viviente, espectáculo que en la actualidad se ofrece al público de «Folies Bergere.» (De fotografía de M. Rol y C.ª)

signar que la obra es digna de aquel á quien representa y del artista que la ha producido, de tal suerte que no titubemos en afirmar que es una de las más notables producciones del insigne escultor tortosino.

Representábase al dramaturgo catalán en actitud reposada y tranquila, cual si concibiera alguna de sus celebradas producciones, con la cabeza descubierta y sirviendo de coronamiento á su expresivo y simpático semblante aquella abundosa cabellera, distintiva y característica del poeta.

Toda la obra está tratada con notable maestría y, repetimos, enaltece á su autor.

Pequeños patriotas, cuadro de A. J. Elsley. — Los cañones de los buques de guerra y de los fuertes anuncian que es día de gala, y el viejo marino iza la bandera nacional, haciéndose ayudar por sus nietecitos, á quienes explicará sin duda con palabras al alcance de sus infantiles inteligencias la alta significación del acto que por vía de juego están realizando. Y cuando esos niños lleguen á hombres y saluden con amor y con respeto aquella enseña, recordarán las explicaciones del abuelo que por vez primera hizo latir sus corazones al nombre sagrado de la patria.

Retrato de niño, por F. A. Kaulbach. — Si no estuviese ya bien cimentada la fama como retratista de ese eminente pintor alemán, de quien hemos publicado varias hermosas obras, el retrato que hoy reproducimos bastaría para colocarle entre los primeros artistas cultivadores de ese género. Cuanto puede exigirse en esa clase de pinturas, naturalidad, fuerza de expresión, ausencia de toda *pose*, ejecución intachable, elección acertada de accesorios, todo lo reúne ese retrato de niño que no vacilamos en calificar de verdadera maravilla.

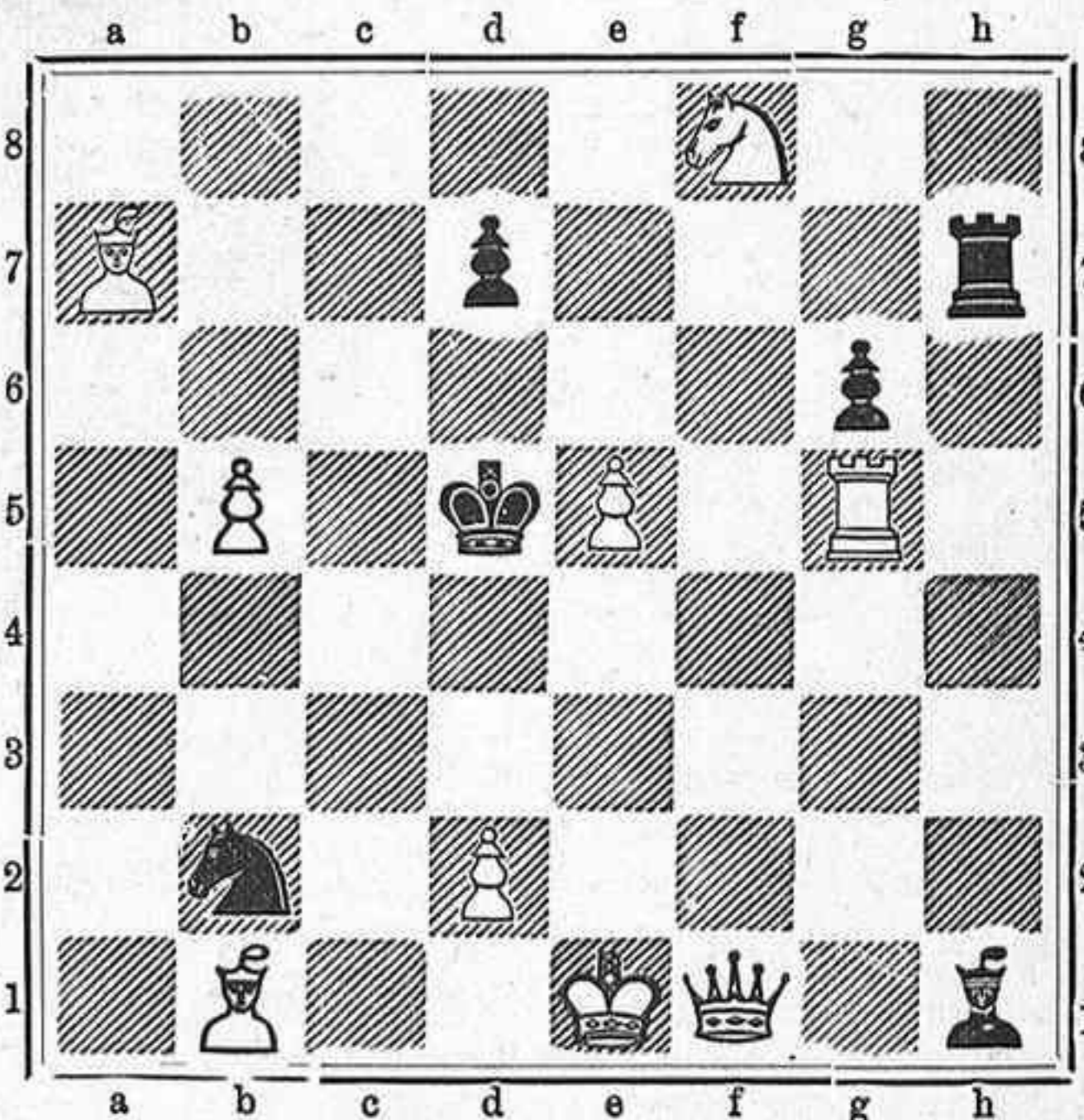
Caballos sorprendidos por la tormenta, cuadro de Teutwart Schmitson. — Nació este pintor en Francfort en 1830 y murió en 1863, y con ser tan corta su vida, dejó multitud de cuadros bellísimos y tanto más dignos de admiración cuanto que no parecen producidos en una época en que prevalecían las tendencias académicas, sino en los tiempos modernos, concebidos y ejecutados al aire libre, en el campo, bajo la inspiración directa de la naturaleza y en contacto inmediato con ella, como puede verse en la obra suya que damos en el presente número.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^{is} ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 440, POR V. MARÍN.

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 439, POR V. MARÍN.

Blancas. Negras.

- 1. Ab7-c8
- 2. Dc5-d5 jaque.
- 3. T ó D mate.
- 1. g4-g3
- 2. e6xd5 ú otra.

VARIANTES

- 1..... e6-e5;
- Cc2-b4;
- Otra jug.;
- 2. Td7-e7, etc.
- 2. Dc5-d4 jaque, etc.
- 2. Td7-d5, etc.

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Las salidas se sucedieron de cinco en cinco minutos. Una oleada de gritos y de bravos que salió por las barreras de aquella multitud meridional y francesa, acompañó al tercer vehículo. Era la primera máquina Valtín, montada por Sebourg, y que había ganado la carrera eliminatoria. Por detrás del coche, más bien ligero de aspecto, se conocía la gran estatura gigantesca, aumentada aún por las ropas impermeables. La gorra de barboquejo, los anteojos y la careta, le daban un aspecto formidable. Le aclamaron alegremente, y, en el rudo asalto del viento, percibió él aquellos estimulantes gritos, que le produjeron la embriaguez y el olvido de todo. Su dócil máquina se deslizaba sin esfuerzo. Podía exigir de ella mucho más. El espacio no existía, desaparecido instantáneamente antes de que sus ojos le hubiesen medido. Su alma cedió al vértigo, y Sebourg no fué más que el animador de una fuerza de conquista y de velocidad.

Francisca, desde la tribuna oficial, le había visto lanzarse; y en aquel minuto creyó odiarle. Resonaban todavía en ella las palabras que la rechazaban con un acento de despreciativa resolución. Y deseó su derrota, aun más, su destrucción, la catástrofe que tritura y que mata. Su marido, sentado á su lado, no significaba nada. Un menegado. No había mostrado, ni con un gesto involuntario, que pudiesen existir en él los sentimientos de los celos y del honor conyugal. Pero se había entusiasmado en la mesa en una discusión sobre los muelles de freno. ¡Qué miseria!.. «¡Qué pobres seres son los hombres!», pensaba Francisca con el desprecio de su vanidad herida. Apenas acogía el halagüeño bálsamo de la admiración de un príncipe. Un gran duque, barbudo hasta los ojos y más alto todavía que el ingrato Sebourg, acababa de hacerse presentar á ella y parecía fascinado por aquella mujer de encanto excitante y desdeñoso, de tan perfecta elegancia, y más parisiense que un *bibelot* de la calle de la Paz.

—Puesto que Su Alteza es tan amable que te hace compañía, te dejo un instante, Francisca, dijo Valtín. He visto salir á mi número uno, y voy á echar una ojeada á mi número dos, al que no le toca la vez hasta dentro de veinticinco minutos.

Nadie le respondió ni pareció cuidarse de su explicación.

Valtín bajó la escalera de las tribunas y se dirigió al sitio en que estaban los coches. Había aún diez y seis para salir. Su ingeniero, que le vió aproximarse, le salió al encuentro.

—Voy á conducir el coche, dijo Valtín. Déme usted la chaqueta de cuero, la gorra y los anteojos.

—¡Cómo, señor Valtín!

—¡Déjeme usted; no es por falta de confianza, y se lo probaré aumentándole el sueldo... Cobrará usted además todas las primas, pero ni una palabra

más... No tenemos más que el tiempo justo. Venga usted.

Y se le llevó detrás de las tribunas, hacia las tiendas, á fin de que no se notase su maniobra. El inge-

era muy popular y se podía contar con sus coches para dar á la industria francesa una brillante victoria. Pero, de repente, se estremeció. El conductor se había vuelto hacia ella. ¿Qué significaba aquel movimiento de cabeza y aquella larga mirada de los grandes ojos de vidrio que agujereaban la fantástica cara de cuero? Pero... ¡Dios mío!... acababa de conocer aquel movimiento de hombros...

Francisca se inclinó, con los labios entreabiertos por un espanto no razonado. Fué aquello como un sueño que se desvanecía.

—Estoy soñando, pensó.

Pero antes de que lo que se decía la hubiera enterado, algo en ella afirmó que no soñaba, una de esas intuiciones que surgen como relámpagos, formadas por todas las observaciones de lo inconstante reunidas en un haz.

¿No había herido á Andrés en lo más vivo negando su valor, y comparándole con la intrepidez de Gerardo? Cuando la sorprendió en los brazos de aquel mismo Gerardo, ¿no se encontraba en el estado de rabia humillada, en el que la revelación debía de ser más enloquecedora?... Su sangre fría, después, y su indiferencia aparente no debieron engañarla. A menos de una abyección moral de que ella no podía en conciencia acusarle, ¿qué marido hubiera mostrado semejante paciencia sino por alguna resolución terrible y secreta?... Además, había la carrera, los enormes intereses comprometidos, el honor de la casa, el punto de vista patriótico... Para el vanidoso Valtín los dos últimos móviles se confundían en un verdadero delirio de ambición: Francia y él... O, más bien, él, con Francia para realzarle, para engrandecer á proporciones sublimes su personalidad de fabricante.

Su mujer, aterrada y livida bajo su color sonrosado de muñeca finamente pintada, no oía las reflexiones de su cortesano el príncipe, se preguntaba qué debía temer y sin poder atar sus ideas

por un hilo de lógica.

Bien es verdad que no la había en la acción de Valtín. ¿Qué quería? Acaso nada más que buscar un derivativo á la espantosa efervescencia nerviosa en que el desorden de las pasiones instintivas arrojan á un ser humano en ciertas crisis abominables é inesperadas. Acaso ganar la carrera contra Gerardo y efectuar con el rival un duelo sin precedentes, en el que la humillación de éste sería mil veces más sensible que una estocada, sin hacer intervenir á Francisca. ¡Sentimiento delicado y heroico para un Andrés Valtín! Pero la sonrisa desdeñosa de una mujer que dice «tu no harás esto, y el otro, el que yo admiro, lo hace», puede inspirar una rabia grandiosa á un hombre, aunque sea tan poco caballeresco como el poseedor de la primera marca de automóviles del mundo.

No pensaba tales cosas el que se hundía locamente



Todos siguieron la formidabile visión: los dos coches monstruosos, lanzados en un estuerzo disolvente...

nero trató aún de protestar, pero se calló ante el silencio resuelto de su jefe y le ayudó á ponerse su bárbaro disfraz. Los dos hombres eran aproximadamente de la misma estatura, y no era fácil distinguirlos con el hermético capuchón, la careta y los anteojos.

Si embargo, no estaba todavía instalado en su volante, y ya corría el rumor entre los espectadores: «Andrés Valtín corre él mismo.» Por muy discretamente que se hubiese hecho el cambio, algunos ojos le habían sorprendido y algunas bocas señalado.

Cuando aquel coche se adelantó hacia la línea de partida y se paró para esperar la señal, hubo un rumor hasta en la tribuna oficial, donde el deseo de ser correctos tenía reservados á los asistentes. Muchos se levantaban y alargaban el cuello, después de lo cual, hacían á sus vecinos una seña de afirmación ó de negación.

Francisca no se asombró todavía, aunque oyó salir de la multitud los gritos de «¡Viva Valtín!» Su marca

en el espacio, ebrio como con una droga diabólica. Por un instinto exacerbado, había buscado y estaba probando, lo que parece, contra toda moral, el paroxismo de la expansión humana: el estado de delirio en que se representa en nosotros el drama de las fuerzas superiores á nosotros mismos. Su acción frenética iba á procurarle esa intoxicación que va de la vulgar embriaguez del alcohol hasta los vértigos apasionados del arte ó del amor y que hace de los narcóticos el último recurso de nuestro orgullo ó de nuestro sufrimiento.

Apenas puesto en marcha el automóvil, sentía ya un voluptuoso alivio á su furor; estaba fuera de sí mismo, fuera de lo normal y casi de lo humano. Con una especie de terrible alegría, Andrés impulsaba su máquina en la claridad del camino, con más velocidad todavía de la que podía dar razonablemente, con este pensamiento único: alcanzar á Gerardo... ¿Por qué?... No lo sabía. Para adelantarse, probablemente. Para aplastarle, acaso, y para aplastarse á sí mismo con él.

Aquello no tenía sentido, puesto que el segundo coche Valtín podía ganar al primero permaneciendo lejos detrás de él, descontando la anticipación de la salida. Pero no importaba; lo que quería Valtín era su victoria personal, la victoria de su casa para él, sin debérsela al hombre á quien acababa de tomar un odio furioso, pero también el triunfo inmediato y físico sobre el otro, la sensación de desafiarle, de dejarle detrás, en la desesperación y el estupor.

Repátese entre la multitud una especie de fluido magnético que establece singulares comunicaciones de pensamiento y sorprendentes intuiciones. No se sabe qué impresiones volaron ni qué palabras corrieron alrededor de aquel circuito de cerca de doscientos kilómetros enteramente circundado de seres humanos. Desde la primera vuelta de la carrera se tuvo la idea de que pasaba algo trágico. Una ansiedad anhelosa y ese apasionado goce que se mezcla con la angustia en los espectáculos de espanto, hicieron estremecerse desde Montauban á Tolosa, y de Tolosa á Auch, á Fleurence y Moissac, á aquella cadena viviente, apenas interrumpida, que formaban tantos miles de curiosos.

¿Era la noticia, propagada como eléctricamente, de que Valtín había montado, en el último momento, en su segundo coche? ¿Era la velocidad horrible de este coche? ¿Era el siniestro mutismo de su conductor cuando tuvo que detenerse en diversos sitios de intervención? No se sabe la parte que tiene la observación y la que tienen los fluidos psíquicos en los presentimientos colectivos.

Al fin de la primera vuelta, Valtín pasó diez minutos solamente después de Gerardo, que había salido media hora antes que él.

Apenas se le aplaudió. Los corazones estaban en suspenso; le creían loco.

Francisca que, bella y envidiada, ocupaba literalmente un trono al lado de un rey, y era reina en aquella fiesta, expiaba en aquellos instantes como hubiera podido expiar si su pobre alma enferma hubiera sido plenamente responsable. ¿Qué rayo iba á caer? ¿Sería una derrota humillante ó una victoria atroz? ¿Qué vendría después? ¿Qué prever? Ya no desdenaba á su marido. ¡Qué cuentas iba á tener que dar á tal hombre!

Aquellos ojos frívolos descubrieron por primera vez la grandeza de aquel paisaje que iba hasta los Pirineos, dulcemente iluminado por un sol todavía suave. Pero ciudades, bosques y campos no tenían importancia. ¿Dónde estaban en aquella inmensidad los dos puntos imperceptibles, los dos seres á quienes ella había vuelto locos y que se lanzaban á sus destinos?

Gerardo de Sebourg, que había tomado la delantera, tuvo la sensación de que alguien le iba á los alcances, y murmuró:

—Ese condenado belga se nos viene encima.

—No es él, dijo su mecánico que había mirado hacia atrás.

—¿Quién, entonces, ira de Dios?

El mecánico no distinguía, á pesar de lo bien regado que estaba el camino. Gerardo forzó la velocidad, y la distancia siguió invariable durante algún tiempo.

En la peligrosa bajada de Montestruc, cuando Gerardo corría á todo escape, comprendió, por los imperativos sonidos de la trompa y por la exclamación asustada de su compañero, que el otro trataba de adelantarse en la vuelta más peligrosa, apoderándose de la cuneta.

—¡Nos van á abordar!.

—Ellos son los que arriesgan más, dijo el mecánico, resignado á todo.

En el puente del Gers se disipó el polvo, y se vio que los coches no estaban más que á veinte metros.

—¡Es el nuestro, es el azul!, exclamó alegremente el obrero.

Y añadió:

—¡Oh! Asombroso el amo, que la conduce...

Gerardo volvió la cabeza, y en el espacio de un segundo, reconoció á Valtín... El adversario, con un rápido movimiento, acababa de quitarse la máscara y le miraba frente á frente.

Aquello fué desde entonces épico é insensato. Una verdadera carrera al abismo. Gerardo, no sabiendo las intenciones del marido ultrajado, ni siquiera si tenía intenciones razonables, corrió para no dejarse alcanzar, para mantener su máquina, su vida y su victoria fuera del alcance de un atentado de loco. Andrés se pegó á él, para emplear una expresión que representa bien esos aparatos desenfundados que corren al mismo paso como si un imán llevase al segundo á remolque del primero.

Durante media hora no ganaron ni perdieron un centímetro el uno ni el otro. Cuando pasaron por segunda vez delante de la tribuna oficial estaban muy delante del segundo carrerista é iban rueda con rueda á una velocidad tan incomprensible, dada su delantera y siendo los dos de la misma casa, que el público no aplaudió, poseído por el espanto.

Todos siguieron la formidable visión: los dos coches monstruosos, lanzados en un esfuerzo disolvente sobre sus ruedas vertiginosas y encarnizados el uno contra el otro como dos bestias rabiosas. Los cuatro hombres, agarrados á aquellas fuerzas en demencia, como espectros sin forma y sin fisonomía, iban inmóviles como estatuas, los humildes en su impasible resignación, y los fuertes en su rabia mortífera.

Había que esperar aún más de media hora para saber quién vencería al fin en aquella rivalidad espantosa.

Los otros coches pasaron á intervalos irregulares. A todos se les vió. Ningún accidente se había producido en aquel recorrido admirable que no tenía más que un punto peligroso, que era la bajada de Montestruc.

Pero casi no se hacía caso de aquellos valientes, que cometían el error de no estar dentro de lo imposible y de lo inaudito. Se hizo, sin embargo, una ovación al coche belga, que sostenía admirablemente su velocidad. Había salido el quinto y no tenía delante de él más que la pareja endemoniada de los franceses.

En éstos era en quien todos pensaban con fiebre tan extraordinaria, que nadie se movía ni quería perder su puesto en los alrededores del poste de llegada. Nadie hablaba ni pensaba en distraer la espera con alguna satisfacción del apetito. Los vendedores de comestibles y de refrescos hicieron malos negocios.

En la tribuna oficial, donde las actitudes estaban arregladas á la hipocresía mundana y á la cortesía extranjera, se proclamaba ya el triunfo de la casa Valtín y se felicitaba á Francisca. Todos decían algo para obtener una sonrisa de la belleza del día.

La señora de Valtín respondía como una automática, más pálida que una muerta é hipnotizada por aquella cinta de camino vacío donde debían reaparecer los carreristas.

Cuando llegó el momento en que se pudo esperar verlos surgir, cogió un catalejo y se le puso delante de los ojos.

¡Qué largos momentos!

Por fin, allá, á lo lejos, en la parte del camino en que las dos orillas parecían tocarse, se movió un punto negro seguido de una larga cola blanca, que se aproximó como un meteoro singular que subía y bajaba según las ondulaciones del terreno. Aquel punto negro creció arrastrando su inmenso penacho de polvo, y pronto fué una mancha bien distinta. ¡Una sola!.. ¿Cuál de los dos luchadores llegaba, Gerardo ó Andrés?..

Francisca fué la primera que supo á qué atenerse. Dió un grito y los anteojos se le escaparon de la mano. Mientras la gente acudía á socorrerla, el coche belga, acortando la velocidad, pasó la meta. Se conoció, además de su color amarillo, su capota inclinada en forma de proa, su delantera separada, su radiador lateral y la cara de su conductor, que se había quitado la careta y saludaba á derecha é izquierda, con los ojos ebrios y la fisonomía grave.

Para saber si su victoria era absoluta ó relativa, era preciso esperar á los otros coches, salidos todos antes que él. Pero cuando el belga llegó al punto de parada, se supo en seguida por su conductor que no había ninguna probabilidad de volver á ver los dos coches de la casa Valtín. Habían volcado juntos en la bajada de Montestruc. Uno de ellos había dado un terrible salto, después de haber chocado con la esquina del puente, y había rodado por la orilla, casi hasta el Gers. El campeón belga ignoraba el número de víctimas.

V

El castillo de Feuilleres, en la orilla izquierda del Tarn, es una de las hermosas moradas históricas de la Gascuña. Su fundación data del siglo XII, pero resulta de un estilo compuesto, como todos los edificios particulares que han atravesado los siglos y sufrido las vicisitudes de los tiempos, con los caprichos de sus propietarios. Estropeado por las luchas contra los ingleses, desmantelado por orden real bajo el ministerio de Richelieu, convertido después en habitación de placer, abandonado luego á un arrendador, mientras sus dueños estaban en la guerra ó en la corte de Versailles, y vendido á vil precio durante la Revolución, no era más que una ruina magnífica cuando el conde Hugo de Feuilleres volvió á Francia en 1815, reintegrado en todos sus bienes y gratificado con un empleo lucrativo por la munificencia de Luis XVIII.

En aquella época tomó el castillo el aspecto que tiene todavía. Los arquitectos y los obreros levantaron lo que podía ser habitable, y se contentaron con conservar como curiosidad arqueológica los cuerpos de edificio demasiado antiguos y lo que quedaba de la fortaleza.

La torre almenada, algunas ojivas de la capilla, los restos de la muralla con sus reductos, algunos de los cuales están todavía en pie, las prisiones y los subterráneos que van hasta el Tarn, pero que el río no puede inundar á causa de la elevación de la colina, son monumentos en los que vive el alma de una Francia que ya no existe. Asimismo; los archivos de Feuilleres guardan los recuerdos de los antiguos derechos de la castellanía. El feudo correspondía al principio al obispado de Montauban, que ejercía en él alta y baja justicia, el derecho de diezmo, una carga de hombre por cada cuadro de viña, privilegio de pesca exclusiva en el Tarn, desde los molinos hasta Meauzac, el beneficio de los despojos de los ahogados, cuyo oro pertenecía al obispo y la plata á sus sargentos, y todos los demás derechos señoriales.

El dominio, en otro tiempo muy rico en tierras, en granjas y en bosques de gran arboleda, fué separado del obispado y constituido en condado en tiempo de Luis XII. El padre de Cristiana era el último titular de un nombre antiguo, cuyo brillo resucitó durante una hora por su hermosa conducta en la guerra del 70.

En la actualidad, aquella morada, aquel título aquel anciano y aquella existencia de altivo aislamiento en que se encerraba desde su segundo matrimonio, todo allí parecía pertenecer á las cosas pasadas. Los escasos invitados ó los visitantes de distinción admitidos excepcionalmente en Feuilleres, vacilaban entre la admiración, la ironía y la melancolía, según los caracteres. Había profanos que murmuraban, al salir, que aquel castillo, demasiado noblemente arruinado, parecía una decoración de ópera. Los siglos habían trabajado como expertos tramoyistas y dispuesto demasiado bien la hiedra donde hacía falta y suspendido una ojiva en los aires con una elegancia un poco afectada.

Acaso el último Feuilleres tenía alguna culpa en ello. El antiguo oficial consagraba á la conservación de aquella enorme y maravillosa reliquia todas las rentas de su fortuna, cuando no parte del capital.

—Feuilleres será para ti, decía á Cristiana, pues se complacía en reunir las dos ternuras supremas de su vida: su hija segunda—siempre preferida y única hoy—y la morada de sus antepasados.—Sí, Feuilleres será para ti. Toda mi fortuna mobiliaria, que representa el equivalente y, acaso, mucho más al precio en que se venden los castillos viejos, irá á mis nietos Sebourg. De este modo se evitará la venta de nuestra querida casa, pues sería preciso, no sólo liquidar á mi muerte, sino distribuir en seguida mis bienes entre ellos. Su interés evidente decidirá á su padre á aceptar este arreglo que figurará en mi testamento.

Cristiana eludía esta conversación; pero el anciano insistía:

—¿Por qué?.. No querrás convencerme de que soy inmortal... Déjame, pues, resolver uno de mis grandes cuidados: la suerte de nuestro nido de familia. Si te pertenece, sé que lo conservarás aunque te cueste sacrificios. Será para ti un dote molesto, pues te obligará á elegir un marido que tenga medios y gana de conservar esta riqueza improductiva.

Al oír la palabra marido, la futura heredera del castillo se sonrojaba y sonreía, como hacen todas las muchachas. Por el momento, ya parecía una viuda joven, con su gravedad, sus sencillos trajes negros y la solicitud de que rodeaba á sus sobrinitos. Ella sola dirigía sus comidas, sus juegos, sus paseos y las primeras enseñanzas á su alcance. Miss Gertie, la inglesa, se plegaba dócilmente á sus indicaciones. Su madre, la condesa de Feuilleres, aunque era joven

todavía, parecía como retirada en la especie de inercia melancólica en que se encierra la vejez.

La condesa no exageraba una ternura, que no podía ser muy viva, por los nietos de su marido. Perfectamente buena para ellos por dulzura de carácter, no olvidaba lo que le habían hecho sufrir sus padres.

Adriana de Feuilleres mostraba el otoño de una belleza, cuya primavera debió ser tan radiante como la de su hija, que se le parecía mucho. Tenía la misma cara estrecha y de un óvalo elegante y la misma estatura. De espalda, se las hubiera podido confundir si la primera no hubiera tenido el cabello prematuramente blanco. De frente, su cabellera parecía empolvada: hasta tal punto la juventud de sus facciones se avenía poco con el acompañamiento de la nieve. Los ojos eran más profundos, más negros y más expresivos que los de Cristiana. La vida había puesto en ellos algo apasionado y como un poco de asombro, que se disfrazaba pronto en orgullo. La condesa de Feuilleres era conocida por su piedad. Hubiérasele podido calificar de austera si ese término no implicase igual severidad para los demás que para ella. Aquella mujer de corazón triste y tierno, no tenía severidades más que para sí misma.

Cuando su hija volvió de la lejana capital donde ella no había puesto los pies desde sus años de colegio en el Sagrado Corazón, descubrió en seguida las indignaciones de aquella alma joven y no aprobó sus sentencias definitivas.

—No se debe juzgar sin comprender, mi querida Cristiana. ¿Y cómo comprender sin haber vivido?

—¿Cree usted mamá, que vendrá un día en que yo comprenda la traición y la mentira?

—Dios te libre de ello.

—Entonces...

—Comprenderás, sin duda, el sufrimiento, porque eres una criatura humana y, sobre todo, porque eres una mujer. Aquel día sabrás toda la miseria moral y física que lleve consigo el mal, y tendrás piedad.

—Tengo piedad de los salvajes ignorantes que no conocen la ley divina, respondió Cristiana. Pero no puedo tenerla para una sociedad que se ha burlado de mi credulidad y de mi buena fe. Esa gente tiene iglesias que llama cristianas; me ha llevado a ellas y se ha arrodillado conmigo; la he visto practicar los sacramentos, y, los que parecía que los reverenciaban tanto como yo, no me han dicho, a pesar de que era lo cierto: «Esto no es ya en nosotros una creencia, ni siquiera un símbolo; es una forma de nuestra elegancia social.» Al menos así no me hubiese engañado, y yo habría huído de ella y no habría esperado a verlos cometer crímenes.

—El acto de fe, respondió la señora de Feuilleres, tiene siempre una virtud, aun para el corazón que le realiza ligeramente.

—Sin duda, replicó la joven, cuando es por lo menos una señal de respeto hacia la religión que se echa de menos, un recurso hacia la gracia perdida; pero en lo que se llama la alta sociedad burguesa, la de los Valtín y sus amigos, aquella en que vivía nuestra pobre Antonieta, ¿sabe usted por qué se practican el bautismo, la comunión, el matrimonio y la extremaunción? Porque es de buen tono. Ya lo ve usted; esto no es siquiera hipocresía; no es la genuflexión ante el Dios en quien se quisiera creer, en quien se querría, siquiera, hacer suponer que se cree. No es, pues, más que una forma de mentira, la más degradante de todas para el alma. No se puede esperar nada de un mundo tan convencido de su fealdad moral, que no se atreve a despojarse de las apariencias de lo que ya no existe. Ese mundo no tiene lógica, ni luz ni ideal. Puesto que ha pasado de la fase religiosa en que nosotros permanecemos, ¿por qué no ha descubierto virtudes diferentes de las nuestras? ¿Qué tiene que ver con nuestros ritos?

Adriana se asombraba de oír a su hija hablar de ese modo. Su pensamiento no se embarazaba con esas cuestiones generales. Pero sus preocupaciones personales hacían penoso para ella el espectáculo de aquella intransigencia que endurecía el alma y un poco las facciones de la joven razonadora. La madre miró a su hija con infinita alarma. Un día dió parte a su marido de su temor:

—No hemos preparado a esta niña para las sorpresas que la suerte cruel puede reservarle cuando nosotros no existamos.

—La hemos educado según nuestro corazón, dijo el conde, y puedes creer que nos hará esa justicia; eso la ayudará si debe sucederle lo peor.

Los esposos no cambiaron una palabra más. Pero había en su mirada cosas tan constantemente presentes, que no necesitaban ser dichas.

Al final de una tarde de abril, tan luminosa y tibia que la primavera meridional tomaba aspecto de verano, unos visitantes inesperados se detuvieron delante de la verja de aquel dominio en el que la vida

toda parecía suspendida en un sueño de otro tiempo. Desde el castillo mismo los vieron, pues la entrada principal está muy cerca de una de las fachadas.

Una simple fila de hierros de lanza se interponía entre dos torrecillas de la antigua muralla, y más allá de una agreste pradera llena de gramíneas, a la sombra de dos pinos seculares, dejaba ver el lado menos arruinado y el más curioso, sin embargo, del edificio: una antigua casa de planta baja romana con un arco cegado en medio punto y una puerta del mismo estilo, elevada sobre tres escalones entre dos columnitas delicadas que soportaban un friso en semicírculo de un arcaísmo delicioso. En un ángulo del primer piso, una ventana databa también de la misma época, mientras que el enorme alero, con su gran chimenea cuadrada, eran de un gótico primitivo. Aquel edificio, de una admirable sencillez, estaba como guardado por dos pabellones; el de la izquierda de un gótico elegante, y el de la derecha de estilo renacimiento.

Ante aquel maravilloso portalito romano fué donde un automóvil—el primero que hollaba con sus ruedas la arena de aquel altanero retiro humano—se paró rápidamente, después de dar una gran vuelta. El vehículo llevaba dos señores y el mecánico. Uno de los primeros se apeó y preguntó a un criado que salió del vestíbulo si podía hablar al señor conde de Feuilleres para un asunto muy urgente.

—Aquí tiene usted mi tarjeta, añadió.

El hombre la miró vacilando.

—¿Podrá el señor esperar un momento?

—Es el Sr. de Feuilleres el que no puede esperar, dijo nerviosamente el visitante. El conde necesita saber sin tardanza lo que tengo que decirle.

—En ese caso, dijo el criado, voy a pedir a la señora condesa la autorización para tocar la campana. Porque el señor conde está en paseo por el parque, y como éste es grande, puede estar lejos.

Aquel servidor, por cierto mal enseñado, reflexionó todavía un instante; evidentemente, no tenía costumbre de recibir extraños. Pero el aspecto tranquilizador del que tenía delante le hizo tener confianza.

—Si el señor quiere tomarse la molestia...

Abrió una puerta, que daba a una sala casi desnuda, pero en la que se exhibía una chimenea monumental y desde donde se veían los profundos verdes que descienden por el otro lado de la casa hasta el Tarn. El visitante, despreciando la invitación de los antiguos sillones de esquinas rectas, se puso a pasear de un lado a otro con aspecto preocupado.

El doméstico, entre tanto, se fué en busca de la condesa, y la encontró en un terrado en compañía de su hija. Su expresión de interés indicaba que habían visto u oído el coche.

Era aquel un acontecimiento para su sensibilidad femenina; pero lo fué más todavía para la más joven de las dos, cuando su madre le pasó la tarjeta con un gesto de ignorancia ó de decepción, y leyó el nombre de Antonio Le Bray.

—Es un amigo de Antonieta y casi un hermano para Gerardo, explicó Cristiana, mientras creía perder el aliento en los desordenados latidos de su corazón.

—Viene por mí, pensó, no sabiendo si lo que le oprimía más era la angustia ó la alegría.

La señora de Feuilleres, sin notar la turbación de la joven, dijo sin gran interés al doméstico:

—Toque usted, entonces, las siete campanadas.

Y añadió dirigiéndose a Cristiana:

—Tu padre puede que no oiga. Ha debido de salir del parque, pues se ha llevado la *charrette* y la jaca para pasear a los niños.

Un instante después, las dos escucharon atentas la voz clara y sonora de la campana. Siete campanadas bien distintas; después de un intervalo, otras siete, y así sucesivamente. Era la llamada para el dueño del castillo en casos urgentes, pero sin gravedad imperiosa. La madre y la hija escuchaban. El grito del metal atravesaba el aire puro rozando las antiguas piedras; las primeras golondrinas, asustadas, se dispersaban fuera de los nidos en construcción; el sol descendía en un cielo de turquesa, y en todas partes había en suspenso esperanza y una inmensidad de recuerdos.

En la sala baja, también Antonio oía la campana, pero más sordamente. El joven miró a su alrededor: las paredes, en las que se distinguían ligeras aristas, más nerviosas en la curva de la bóveda hasta anudarse en el techo, la ruda chimenea atestada de emblemas, los muebles, tan antiguos como los muros... Más allá, por las ventanas de cruceros, se veía la grandeza un poco triste de las arboledas, cuyo verdor se ensombrecía a través de los pequeños vidrios empañados.

Antonio pensó:

—Aquí es donde ha sido educada... ¿Cómo podría tener otra alma?.. Pero lo que me encanta en ella,

porque la comprendo, acaso le impida siempre comprenderme a mí...

La campana cesó de sonar, y, casi en seguida, sonaron las puertas y se oyeron risas de niños.

Antonio se estremeció. Sus manos se pusieron rígidas y temblaron. Durante cinco minutos había olvidado lo que le llevaba a aquella casa.

No había tenido tiempo de componer su cara, cuando el Sr. de Feuilleres estuvo allí. El primer encuentro de sus miradas tuvo fulgores siniestramente expresivos.

—¿Es una desgracia, lo que le trae a usted a mi casa, caballero?.. Su aspecto...

—Es una gran desgracia, dijo en seguida Antonio.

El anciano pareció alarmado, pero no tanto como se hubiera podido creer. Tenía en Feuilleres, a su alrededor y en seguridad, todo lo que quería en el mundo: su mujer, su hija, sus nietos. En cuanto a su yerno...

Se tomó, pues, tiempo para hacer sentarse a su visitante y se sentó él también.

—Hable usted, caballero.

—Sabe usted, señor conde, que Gerardo corría por la sociedad Valtín en la copa de los...

El anciano le interrumpió:

—¿Un accidente?..

Antonio inclinó tristemente la cabeza.

—Espantoso... Cuatro víctimas.

—¿Mi yerno?..

—No está muerto, pero sí en un estado muy alarmante.

Las facciones y la mirada del conde se inmovilizaron en una gravedad que no era de dolor y que indicaba una profunda concentración de pensamiento y una lucha secreta de sensibilidad. Con un ligero sobresalto, como quien recuerda que debe hablar, dijo por fin:

—¡Desgraciado!.. Pero, también, qué locura tan poco digna de su nombre... ¿Dónde está?.. ¿Qué tiene?.. ¿Qué ha sucedido exactamente?.. ¡Dios mío!

—Una cosa atroz, dijo Antonio, por lo mismo que ha ocurrido fuera de toda previsión y de toda verosimilitud. Gerardo estaba seguro de la victoria y se conservó a la cabeza constantemente. Corría otro coche Valtín, al que no se pedía más que alcanzar un puesto honroso. Pero en el último momento se le ocurrió a Valtín el capricho de conducir él mismo este segundo coche y de hacerle ganar. Y emprendió contra Gerardo, contra su propia casa, una lucha insensata é inútilmente peligrosa. En la segunda vuelta los vimos pasar rueda con rueda, como un rayo... Aquello era espantoso... No podíamos respirar. ¡Y la señora de Valtín estaba allí...

El conde miró profundamente al narrador.

—Comprendo, dijo.

—¡Qué drama!, continuó Le Bray, dando un suspiro por respuesta. ¡Y qué inesperado!.. Porque, en fin, aquellos dos hombres se encontraban una hora antes a la mesa, tranquilos y contentos..., según se dice al menos. Pues, no queriendo encontrar a Gerardo, no había yo querido aceptar más que un sitio en una tribuna.

—¿Están ustedes reñidos?, interrumpió el anciano.

—Sí.

—Desde... (La expresión de la mirada suplió la frase.)

—Sí.

—Sírvase usted acabar, caballero.

—Nadie puede acabar, excepto mi infortunado amigo, si vuelve en sí. ¿Hubo torpeza, desarreglo de máquina ó voluntad de demencia y de crimen?.. El hecho es que en la bajada de Montestruc, los dos coches chocaron probablemente, y el uno, según los testigos, dió un salto terrible como un caballo que se encabrita. El otro se precipitó hacia el río y fué rodando por la orilla después de haber roto el ángulo del puente. En éste estaba Gerardo, a quien salvó el caer en el lodo, casi en el agua. En cuanto a Valtín y los dos hombres...

—Muertos, naturalmente, terminó el conde.

—¡Oh! ¡Peor que muertos!, dijo Antonio con voz sorda.

—¿Dónde está mi yerno?.. ¿Quién le cuida?, preguntó Feuilleres.

Antonio explicó que se había transportado al herido a una casa particular, cerca del lugar del siniestro. Los dueños eran personas ricas, hospitalarias y amables, en relación precisamente con el automovilismo. Tenían un Valtín, y en ese coche precisamente había venido Antonio a Feuilleres.

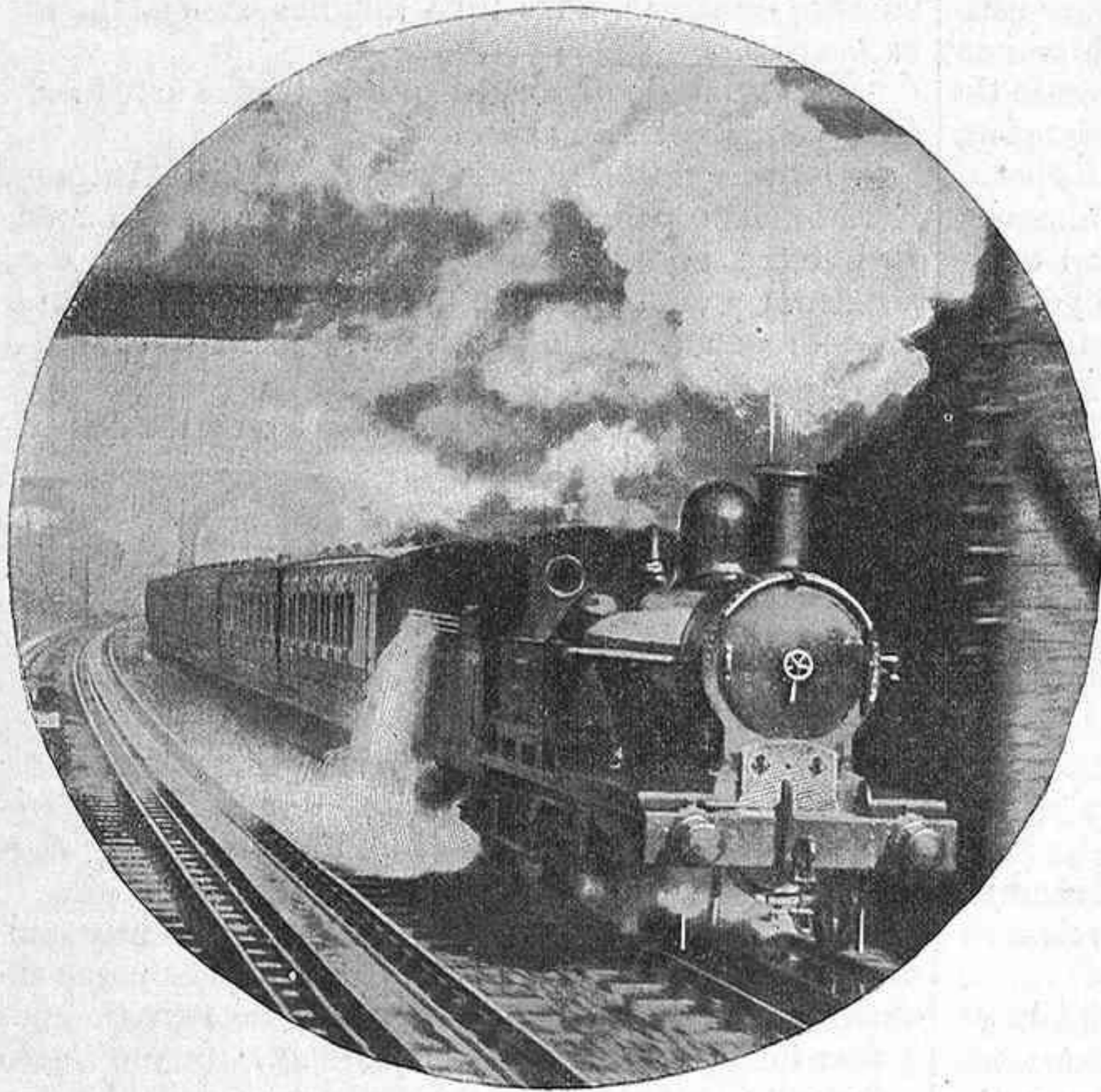
—Sin imponerme a Gerardo, que me odia hoy, añadió el joven, he podido ocuparme de él. He debido hacerlo, pues era el único allí que fuese allegado suyo y que tuviera el honor de conocer a usted. Gerardo no me ha visto; no había recobrado el sentido.

(Se continuará.)

SISTEMA DE PROVEERSE DE AGUA

LOS TRENES EN MARCHA

La encarnizada competencia para acaparar el tráfico que hoy en día existe entre las compañías de ferrocarriles, exige imperativamente que en los viajes no se pierda ni un minuto. De esto resulta que los



Un tren expreso tomando agua á toda velocidad
En el momento de sacarse la fotografía acababa de llenarse el tanque y se ve el agua derramándose por las aberturas superiores

trenes marchan con mayor velocidad que antes y recorren mayores trayectos sin detenerse.

Las locomotoras que arrastran trenes rápidos de pasajeros consumen de 70 á 140 litros por kilómetro, cantidad que varía según el peso del tren, el estado del tiempo y otras circunstancias. Por consiguiente, un tren tenía con frecuencia que pararse en alguna estación para que la máquina apagara la sed con el agua de un depósito situado en alto, siendo así que, desde el punto de vista del tráfico, semejante parada era innecesaria. Pero desde la introducción de atarjeas con agua, en los ferrocarriles importantes las máquinas pueden tomar de 4.500 á 9.000 litros en unos quince segundos corriendo á toda velocidad.

Para efectuarlo se colocan entre los rieles atarjeas descubiertas de unos 400 metros próximamente de largo, y el tender de cada máquina va provisto de una especie de vertedero con bisagras que puede bajarse de modo que la boca penetre y corra por el agua de la atarjea mientras el tren pasa por encima de ella. La velocidad hace que el agua suba por el caño inclinado y penetre en el tanque del tender.

Según va marchando el tren, así el conductor como el fogonero vigilan la vía para enterarse del sitio exacto en que están las atarjeas. Esto es fácil durante el día, pero ya no lo es tanto por la noche; entonces tienen que orientarse por alguna señal, bien sea algún objeto visible, bien el ruido que produce el tren al pasar por un puente de hierro. Mientras el conductor, con la mano en el regulador, mira con cuidado á su frente, el fogonero vigila para distinguir las atarjeas, y en el momento mismo en que el tender pasa sobre ellas, dando una vuelta rápida al mango de un tornillo baja el vertedero y ve cómo sube rápidamente el agua en el tanque por medio de un escandallo. Ha de andar listo para dar vuelta al tornillo antes de que se llene el tanque, si no el agua se escapa en gran cantidad por los conductos superiores é inundaría el tren. Un poco de práctica, sin embargo, basta para vencer esa dificultad, y un fogonero experimentado conoce en el acto cuándo está lleno el tanque.

Las atarjeas suelen colocarse á una distancia de 80 á 100 kilómetros unas de otras, distancia que se subordina á la capacidad del tanque que llevan los tenders usados en cada línea y á la posibilidad de hallar agua en determinados lugares. Un tender lleva por lo común unos 13.000 litros de agua; pero por no tener aparatos para cogerla, en algunos ferrocarriles importantes donde recorren grandes distancias sin detenerse trenes muy pesados, se han visto en la necesidad de aumentar la capacidad de los tanques hasta 18.000 y 20.000 litros.

Al elegir los lugares donde han de situarse las atarjeas, es indispensable procurar que en ellos haya agua buena y abundante; que el terreno sea llano ó

que por lo menos pueda con facilidad hacerse tal; que la línea tenga una dirección sensiblemente recta y que hasta donde se pueda queden las atarjeas distantes de los postes de señales, estaciones y pasos á nivel. Son tan necesarias estas condiciones, que no es extraño que no queden situadas las atarjeas á intervalos regulares.

Cuando las vías son dobles se colocan en las dos, y en las cuatro si son cuádruples, de manera que las máquinas de los trenes de mercancías y de pasajeros cojan el agua á la vez y sin retraso alguno.

Inmediato á las atarjeas se construye un depósito grande, capaz para unos 180.000 litros de agua, á fin de llenarlas en pocos minutos cuando los trenes que han cruzado las dejan secas.

Uno de los más importantes problemas mecánicos relacionados con el sistema de coger agua los trenes en marcha era el ver el modo de regular el agua en las atarjeas, de tal manera que tuviera siempre la misma profundidad de 15 centímetros; este problema se solucionó colocando debajo del tanque una cisterna auxiliar al mismo nivel de la atarjea con un flotador grande que funciona de un modo parecido al aparato de los inodoros.

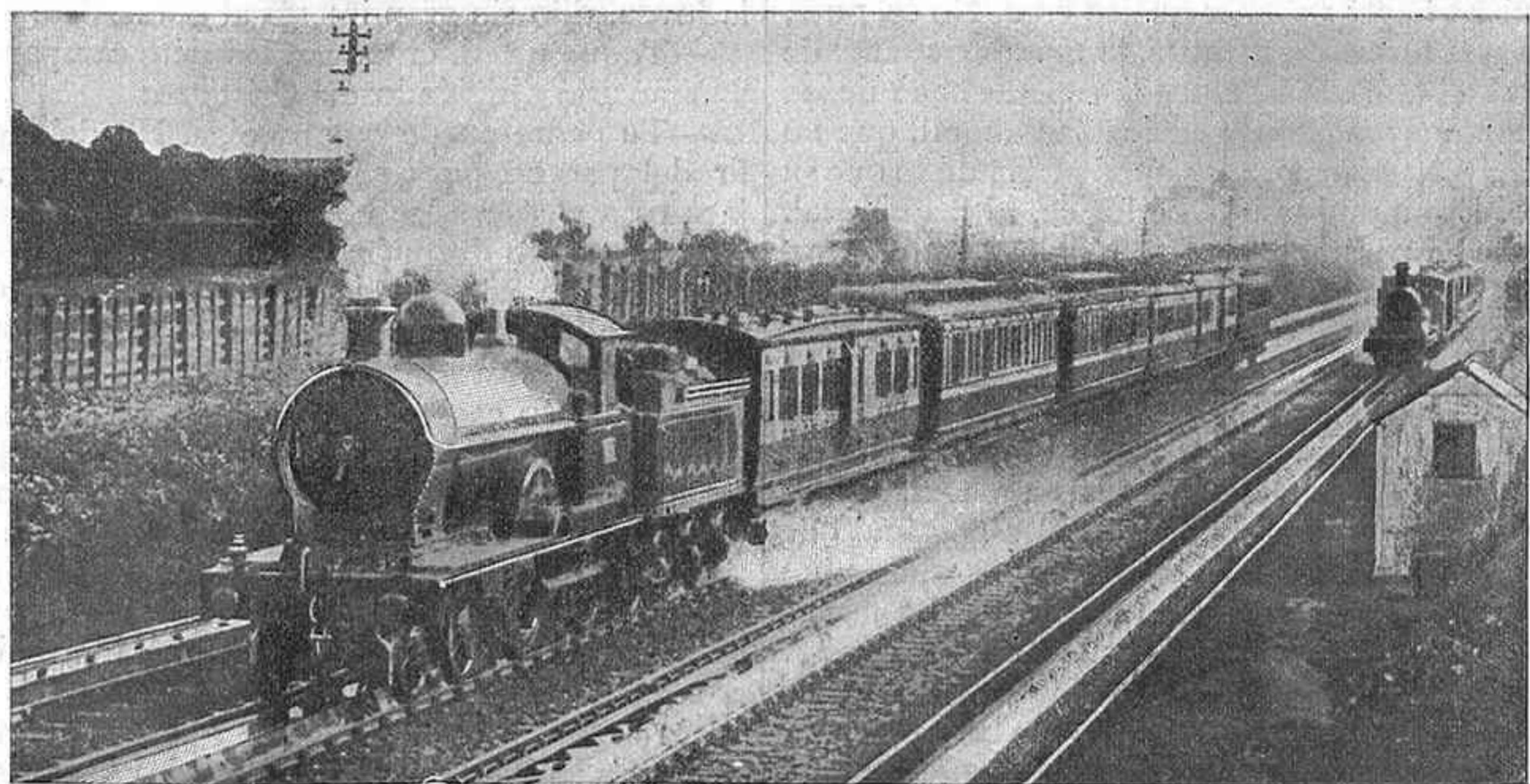
Al coger la máquina el agua deja casi vacía la atarjea y al mismo tiempo el agua de la cisterna baja. Esto hace que el flotador descienda y abra una válvula que deja que el agua salga del tanque á la atarjea y la vuelva á llenar. Al subir en ésta el agua, sube simultáneamente en la cisterna y levanta el flotador, que cierra la válvula y no deja entrar el agua en cuanto la atarjea se llena. Todas estas operaciones se hacen automáticamente.

La atarjea, colocada equidistante de los rieles, tiene por lo general 15 centímetros de profundidad y 45 de anchura. El fondo es plano en la extensión de 400 metros y en los dos extremos se levanta con una inclinación de 1 por 350. Los rieles de cada lado se colocan paralelos con el fondo de la atarjea, es decir, están al mismo nivel por espacio de 400 metros y en los extremos suben con la misma inclinación.

El nivel del agua de la atarjea, cuando está llena, es de unos cinco centímetros sobre el de los rieles.

El vertedero del tender se baja antes de llegar á la atarjea, y al descender la rampa penetra gradualmente en el agua y llega á la profundidad necesaria en el punto en que el fondo de la atarjea y los rieles están al mismo nivel.

Al otro extremo, á medida que el tender va subiendo la rampa, el vertedero va saliendo del agua. En la práctica, el fogonero baja y sube el vertedero mientras el tender pasa por encima de la parte llana de la atarjea; pero las rampas, á cada uno de sus extremos, impiden que ocurra un accidente si el fogonero baja el vertedero antes de llegar á la atarjea ó no la sube después de pasada. En realidad, si no



Un tren tomando agua en marcha

fuera por los cruces y pasos á nivel, podría llevarse siempre bajo el vertedero.

El agua de las atarjeas, que con frecuencia se hallan en lugares fríos, está expuesta naturalmente á helarse, sobre todo cuando no está agitada continuamente por el frecuente paso de trenes que la toman. Para que no suceda así, en algunos ferrocarriles han colocado en las atarjeas conductos de vapor. En otras

líneas, cuando la helada no es muy intensa, se emplean jornaleros que quiebren el hielo á medida que se forma; pero cuando el mal tiempo se prolonga algunos días, no se puede coger el agua en marcha y hay que recurrir al sistema antiguo.

El de atarjeas está hoy en uso en mayor ó menor escala en la mayoría de los ferrocarriles importantes de Inglaterra.

En el London and North Western hay quince secciones diferentes de atarjeas (algunas de cuatro vías á la vez) y casi todas las máquinas van provistas de vertederos. El mayor trayecto que se recorre sin detenerse es, en los meses de verano, de 310 kilómetros; en esta distancia los trenes toman agua en seis lugares diferentes. El viaje expreso más largo que se ha hecho sin detenerse ha sido el efectuado por el rey Eduardo el 7 de octubre de 1903, recorriendo 480 kilómetros desde Carlisle á Londres.

C. H. JONES.

BARCELONA.—INSTALACIÓN SÍSMICA

DEL OBSERVATORIO FABRA

El Observatorio Fabra, situado en el monte Tibidabo y puesto bajo la inteligente dirección de D. José Comas y Solá, ha terminado hace poco una instalación sísmica, compuesta de los más perfeccionados aparatos, que permiten apreciar los más pequeños movimientos de la corteza terrestre y cuya perfección pudo demostrarse con ocasión de los recientes terremotos de Chile.

Esta instalación, que en la actualidad es la más completa de España, consta de un sismógrafo de dos componentes horizontales sistema Agamennone (*elementos*: amplificación, 10 veces; peso de la masa, 220 kgs.; duración de una oscilación simple, 2 s. 5); de un sismógrafo de dos componentes horizontales, sistema Caucani (amplificación, 20; peso, 250 kgs.; oscilación, 2 s. 2); de un microsismógrafo de tres componentes, sistema Vicentini (amplificación de los componentes horizontales, 80; peso de la masa correspondiente, 150 kgs.; oscilación de la misma, 1 s. 11; amplificación de la componente vertical, 400; peso de la masa, 100 kgs.; oscilación de la barra horizontal, 0 s. 43); en fin, un sismoscopio eléctrico de Agamennone, enlazado á un reloj sísmico, completa esta instalación destinada á advertir y registrar los movimientos del suelo.

La dirección del Observatorio Fabra, comprendiendo que el estudio y la divulgación de la actividad interna de la tierra ofrecen hoy tanto interés científico, por lo menos, como el estudio y la divulgación de los fenómenos meteorológicos, publica semanalmente en los periódicos de Barcelona un resumen de las observaciones realizadas.

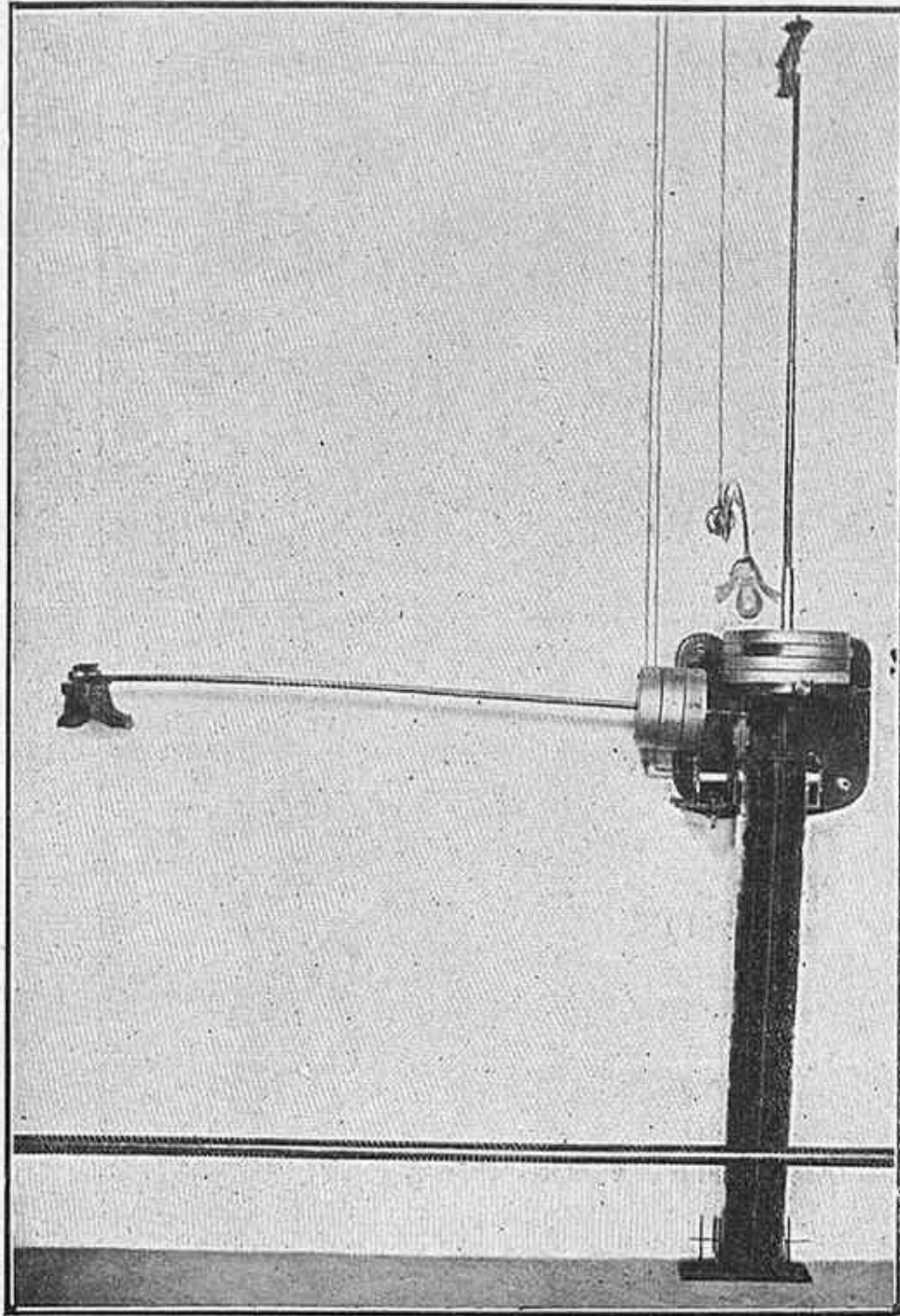
Esta información es la primera que se efectúa en semejante forma, y las observaciones que la constituyen se ajustan á la escala sísmica de Mercalli que comprende los siguientes grados:

I.—Sacudida *instrumental*, es decir, señalada solamente por los aparatos microsísmicos.

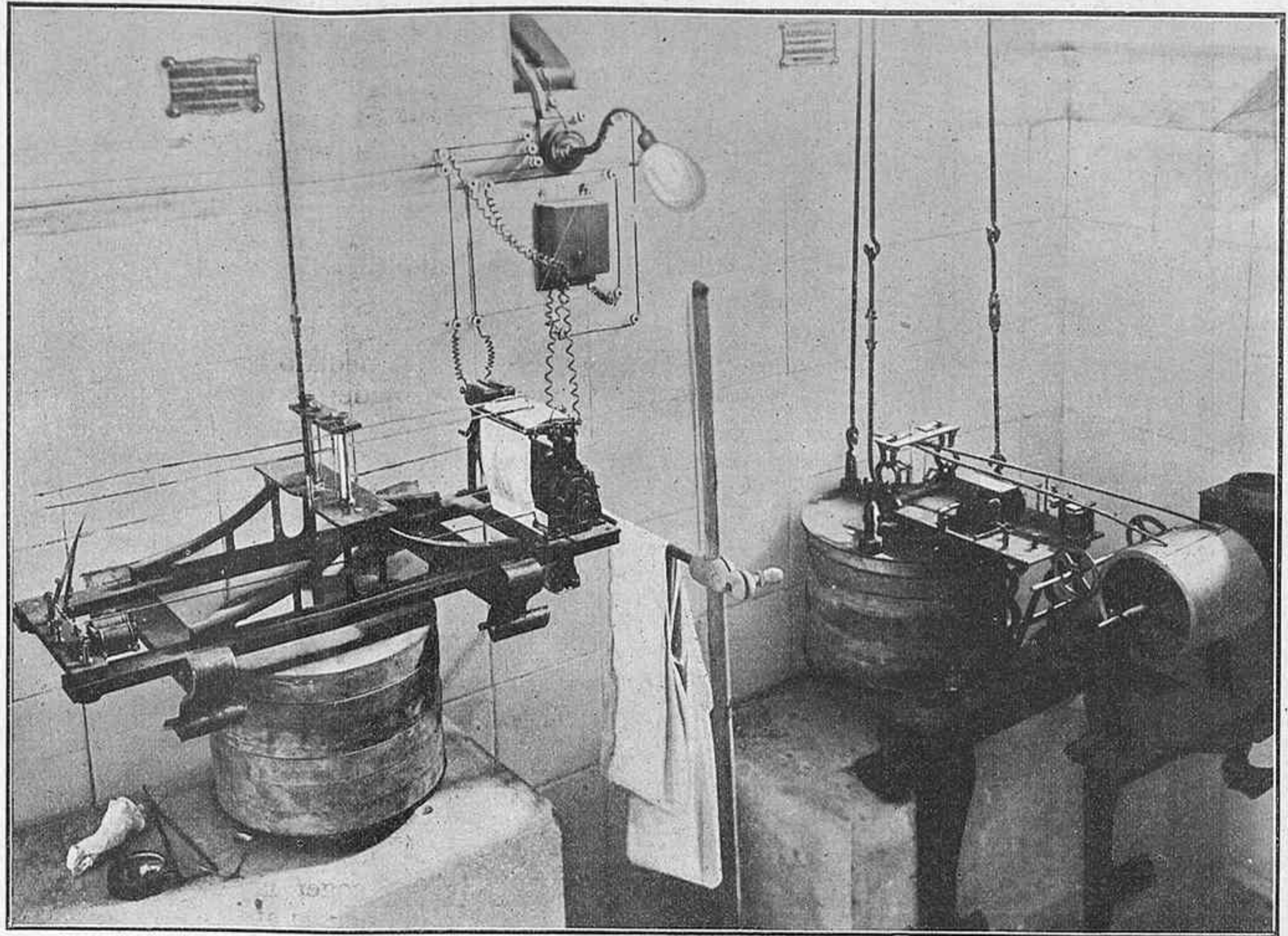
II.—*Ligerísima*, advertida solamente por personas

en perfecta quietud y silencio, especialmente en los pisos superiores de las casas, ó bien por personas muy sensibles ó nerviosas.

III.—*Ligera*, notada por personas que se encuentran en análogas condiciones del caso anterior, pero pocas en atención al número de habitantes de un determinado país. Se dice, por lo común, que estos movimientos fueron *apenas advertidos* sin producir



Microsimógrafo Vicentini de tres componentes.



Sismógrafo Cauani.

Sismógrafo Agamennone.

APARATOS SÍSMICOS DEL OBSERVATORIO FABRA INSTALADO EN EL TIBIDABO (BARCELONA). (Fotografías de E. Castellá.)

temor alguno; generalmente no se creería que se trata de un terremoto si no fuera por los demás, que independientemente también advirtieron el fenómeno.

IV.—*Sensible*, notada *no generalmente*, pero sí por muchas personas que se encuentran en sus casas; poco sensible en la planta baja y sin ocasionar espanto. Trepidaciones de cristales, de objetos suspendidos, etc.

V.—*Fuerte*, notada generalmente por los que están en casa, pero por muy pocos transeuntes. Se despiertan gran número de personas y algunas se espantan, huyendo de las casas. Toque de campanillas, oscilaciones extensas de objetos suspendidos, parada de los péndulos de reloj.

VI.—*Muy fuerte*, notada por todos los que permanecen en casa y por muchos transeuntes. Espanto general y fuga precipitada al aire libre. Caída de objetos en las habitaciones, caída de revoques y estucos; ligeras averías en las casas de construcción poco sólida.

VII.—*Fortísima*, notada con profundo espanto. Todo el mundo sale de sus casas; sensible en las calles. Suenan las campanas de torre; caída de chimeneas y tejados; averías en muchos edificios, aunque, en general, ligeras.

VIII.—*Destruyora*, produce pánico general; destrucción parcial de algunas casas y considerables averías en las demás; sin víctimas ó solamente alguna desgracia personal aislada.

IX.—*Desastrosa*, destrucción total ó casi total de algunas casas; averías graves en muchas otras, quedando inhabitables, y víctimas humanas no muy numerosas y diseminadas.

X.—*Muy desastrosa*, con destrucción de muchos edificios y muchas víctimas humanas, agrietamiento del suelo, derrumbamiento de masas montañosas, etc.

Al reproducir en nuestras páginas los principales aparatos de tan notable instalación sísmica, nos complacemos en felicitar muy entusiastamente á la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, de la que depende el Observatorio, y al director de éste, el sabio astrónomo y eminente físico D. José Comas Solá.—P.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO Y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

MARKA DE FABRICA REGISTRADA.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de: *Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.*
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



Caballos sorprendidos por la tormenta, cuadro de Teutwart Schmitson

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
EXIGIR LA SIGNATURE

de BLANCARD

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIENSE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS
JORET HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Francos 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et C^{ie} B^{is} St-Denis, 46

HARINA
LACTEADA **NESTLÉ**

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Dentición
JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub^{is} St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN